# La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 18 de mayo de 1891 — Núm. 490

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA




PODEROSO MAGNATE, cuadro de D. José Jiménez Aranda

SUMARIO



## LA EXPOSICION GENERAL
### DE BELLAS ARTES

### III

#### LA SECCIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

La primera ojeada general á los cuadros de la sección española convence á cualquiera de lo mucho que tarda en llegar á España la última fórmula del arte contemporáneo, y cuánto se detienen algunos en concebir y ejecutar siguiendo todavía una manera que está ya definitiva y justamente juzgada.

No soy de los que adoptan como criterio y de un modo exclusivo la última consigna, creyéndola en todo caso un progreso por ser la última. Tampoco quisiera incurrir en la injusticia patente de olvidar en la obra artística cualidades de primer orden por anticuadas, cuando pueden ser de tal género que permanezcan como superiores á las transitorias mudanzas de la moda. Ni he de olvidar tampoco – y vaya la tercera salvedad – que ésta toma mucha parte en el éxito de las obras pictóricas, como en todos los éxitos. Digo más: la necesidad de *hacer nuevo* á todo trance, lleva á muchos pintores á adoptar la última fórmula por espíritu de imitación, alterándola y sin sentirla. Y por aquí resulta que muchos cuadros que se toman por modernísimos, son en el fondo tan convencionales y tan pintados de *manera* como algunos que pasaron de moda. Sobre todo, no hay que dejarse deslumbrar por aparentes modernismos en el color ó en la factura y menos en los asuntos. Con escenas rústicas á lo Millet, con *rincones de naturaleza* al aire libre, con interiores simplicísimos, en un ambiente gris, de tonos enfermizos y apagados, donde palpite la vida sin estrépito y vibre el color modesta y sordamente, se puede en el día incurrir en la propia convención, exhausta de inspiración y temperamento, que nos trajo hace pocos años las notas de color deslumbrantes, los esplendores del sol de Fortuny, los árabes, los casacones, etc., y antes de ellos la pintura castiza, vigorosa á lo Rosales, y más antes cualquier otra fórmula. Siempre ocurrió en pintura lo mismo: unos inventan ó siguen un nuevo procedimiento porque lo sienten y otros lo imitan porque priva... Me parece que no puedo llevar más allá mis salvedades...

Pero con todo esto, á pesar de todo esto, y quizás por esto, la primera observación que se me ocurre es, que lastima ver el arte pictórico español rezagado todavía, y lo que es más, divorciado en general de las últimas y más modernas tendencias. Porque, en primer lugar, van á mi juicio por camino más seguro y aceptable que las anteriores. Porque, en segundo lugar, el arte coetáneo del espectador es siempre el que tiene más derecho á la atención de éste, cuando se le ofrece con caracteres de sinceridad, sin engañifas de copista ni trazas de mercantilismo. Dirán otros lo que quieran del arte de otros tiempos, aun de los más próximos. No puede negarse que ni el arte adelanta siempre en línea recta, – fórmula de progreso que quizás se cumple en las ciencias experimentales, y no más, – ni dejará de haber nunca épocas y autores en cuyas obras resplandece un tipo de arte casi perfecto que estamos condenados á admirar de rodillas, á contemplar en éxtasis y á considerar inasequible: la cultura griega, por ejemplo. Pero estas objeciones no probarán nunca que cada tiempo no deba tener su arte propio y trabajar por dar forma á su ideal propio, lo cual hicieron, en suma, aquellas mismas épocas y aquellos mismos genios, sin que se les ocurriera imitar á los anteriores ó detenerse en estéril contemplación. Ni tales objeciones destruirán tampoco el principio de que un arte que corresponde á la inmediata manera de sentir del espectador, es siempre para él el más interesante; un arte que guarda relaciones invisibles y á veces imprecisables con la serie infinita de ideas, afectos, sensaciones que nos crean un alma propia, *el alma del día*; este arte, digo, merece desde luego, por ser el nuestro, atención y estudio superiores al de otras épocas á las cuales ya no podemos volver. Los que vengan dirán si al manifestar en esta forma propia la belleza tal como la sentimos, creamos algo transitorio y deleznable, que no ha de pasar á las galerías de ningún museo: esto es cuenta de ellos. Lo que á nosotros nos importa es hacer lo que hicieron todas las épocas: procurar tener un arte suyo y encariñarse con él, en cuanto llevaba al exterior la visión interna de su vida, sus sueños, sus pesadillas, sus realidades, reflejadas y refractadas á través de los lentes que la naturaleza pone delante de los ojos de cada generación.

Por esto, repito, cuando recorro las salas de la Exposición actual, se me va la atención y el alma con predilección irresistible hacia aquellos cuadros que me manifiestan las tendencias de hoy, y transmiten algo de mi propio sér, algo de esa concepción total de la vida que infunden las demás artes, la literatura, las costumbres, el mismo temperamento político coetáneo, algo que me satisfaga por más sincero, por más directo y vivo, con impresión, por decirlo así, privada y en nada diversa de las cotidianas. Y en cambio, lamento ó me sorprende que sean aún tantos en número los cuadros que nada me dicen en este sentido.

En tres grandes grupos principales pueden clasificarse éstos en la actual Exposición. Hay primero aquellos lienzos de algunos maestros conocidos y de reputación ya incontestable, que se traen su firma en la tonalidad general, en la factura y hasta en el asunto elegido. Resaltan tales cuadros como evocaciones de otros concursos, como notas y manchas permanentes. Ya nadie se ve obligado á acercarse á ellos para saber de quién son, ó para estudiar en ellos una nota nueva, un aspecto de su evolución cumpliéndose todavía; ésta se ha realizado ya en absoluto. Vienen después los de aquellos autores que persisten en prolongar géneros ya pasados, por lo menos en el modo de sentirlos, en los cuales existen cualidades suficientes para que hubiesen tenido más que mediano éxito en otras épocas y condiciones quizás superiores á las de otras obras que lo obtuvieron muy grande, pero que hoy, sin embargo, no alcanzan ninguno, por la sencilla razón de que el artista abdica en ellos su personalidad ó la amolda á, día fijo y en determinada ocasión, á una escuela, á un estilo, á un gusto elegidos de antemano. En este caso se hallan algunos cuadros históricos, otros de costumbres, otros de anécdota, otros de simples tipos, en que la composición y sobre todo la *pintura* recuerdan muy directa, muy llamativamente el arte y aun el oficio. Es imposible explicar la sensación que ya empiezan á causar muchos de esos cuadros que, sin ser cromos, como algunos de antaño, y pareciendo de gran verdad y del *natural*, hace poco tiempo, se destacan, también á distancia, duros, sin ambiente, sin gradaciones de luz, sin movimiento y flexibilidad en las figuras. Tras de los cuales llegan, por último, los numerosos de los autores divorciados de su tiempo y alejados en absoluto de él, que revelan una obstinación candorosa en conmover con el melodrama ó en emplear los recursos ajenos: pintura de pinturas, arte de arte, y aun del anticuado: manifestaciones híbridas y de pacotilla, que no son ya obras artísticas, sino manufacturas más ó menos aceptables, y muchas, inaceptables del todo.

En medio de esta diversidad de obras, se halla de vez en cuando la nota nueva, ó la que sin ser desconocida dura con éxito por reciente ó análoga, ó, por fin, el conato del que se esfuerza en llegar por caminos ignorados de los que le precedieron. Resumir las condiciones singulares de esta manifestación que califico de moderna, distinguirla y hacerla visible, no con los pinceles sino con la pluma, es ya algo difícil. Cabe sólo señalar sus rasgos dominantes, y no más. Desde luego no se trata del mismo realismo de hace pocos años, si se entiende por él transmitir con plena exactitud lo real, objetivándolo con absoluta impasibilidad. Dado que esto se haya propuesto alguna vez, – lo cual nos llevaría á una amplificación bastante larga, – no hay ya en los cuadros de esta última fecha este exclusivo propósito; hay esto á veces, con otra cosa además: la emoción personal, la visión personal del artista, sin pretender velarla ni retirarse de su obra. La propia personalidad que, á despecho de toda teoría, se transparenta siempre en toda pintura, tiende á recobrar francamente sus derechos. Lo real, el amor á la verdad, permanece; pero el artista nos da de ello, no su efecto común y objetivado, sino el efecto que á él le causa, sin temores á un reproche de idealización. La absoluta sinceridad se impone en este punto, y esta sinceridad, enfrente del natural, es el rasgo más saliente de tales cuadros. Puede decirse que por aquí da un nuevo y más resuelto paso la preocupación, quizás constante en todo artista verdaderamente tal, de olvidar y reaccionar contra lo aprendido por receta, limpiando su cerebro de los recuerdos de toda postura del modelo, de toda expresión de taller, para interesarse directamente á la vida en movimiento; á la naturaleza sorprendida instantáneamente, libre, sin preparación, sin mandarla, si así puede decirse, que se detenga y adopte una actitud para pintarla; al gesto vivo, instintivo en la figura, al rasgo habitual, á la expresión candorosa, olvidada de sí misma, y por tanto la más característica de una situación ó de una pasión no registrada todavía en ningún álbum de Lavater. Para alcanzar plenamente esto hay que ser no sólo sincero, sino simple en el modo de ver las cosas y en el modo de trasladarlas sin efectismos, adquirir en el dibujo aquella seguridad fácil y repentista que fija en el papel de golpe un gesto, un juego de líneas fugaz y casi imperceptible; poseer en la pincelada aquella difícil exactitud que parece acertada de un golpe, con frescura, con amplitud: el tono, el color, «*la impresión virgen de las cosas*,» como la llama un crítico con frase feliz.

De este espíritu de sinceridad y simplicicad en ver y ejecutar, procede al mismo tiempo aquella homogeneidad completa de la obra, en que nada se halla como traído á la composición y dispuesto con arte para el efecto total. La observación directa y en todo su conjunto de un espectáculo cualquiera trae al cuadro aquella relación invisible é íntima entre todos sus componentes, el influjo recíproco de lo que se ha llamado mucho tiempo ha *el medio*, causa de la armonía entre todas las circunstancias del momento, del grupo, del asunto elegidos y de la misma factura usada por el pintor. Si éste siente y se impresiona bien, al propio modo de mover los pinceles acaba por transmitirse el sentimiento que le domina; no se concibe siquiera que pueda pintarse una escena plácida con los brochazos rápidos y apremiantes de una emoción tempestuosa, ni ésta con la suavidad y languidez de la primera. De aquí, en suma, esa armonía, esa fusión total que lo envuelve, lo rodea, lo esfuma todo, y nos da como una evocación aérea é impalpable de las cosas, menos agria que hasta aquí, y de una verdad más sutil, más refinada, más matizada y analítica, sin que el análisis destruya el efecto de conjunto, haciendo valer algunos fragmentos á expensas de otros.

Que por este análisis, cada día más complejo y más sutilizado, se vuelva como quieren algunos á un nuevo idealismo, primero y consecuente corolario de estos últimos esfuerzos, me parece que no es ocasión de tratarlo aquí anticipando ideas, porque no hay todavía en la sección española obra que realice esta novísima tendencia. Me limito, pues, á este primer esbozo de la que nos ocupa, para señalar algunas de estas condiciones en los principales cuadros modernos de la Exposición, casi todos de catalanes y algunos influídos por Francia. De los demás que lo merezcan, indicaré los más principales ó que muestren una individualidad característica, con objeto de que pueda formarse concepto del conjunto de las salas de pintura española.

J. YXART

## LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

### I

¡Pobre San Isidro, tan bueno, tan humilde, tan modesto, tan callado! Estoy seguro de que á haber sabido que su nombre y patronato iban á servir de pretexto á jaleo tan colosal, en vez de servir de mozo de labranza al madrileño Juan de Vargas hubiera cogido del brazo á su cara mitad María de la Cabeza y retirádose con ella al pueblo más recóndito de la Alcarria ó cosa así. Es de suponer que el día, ó mejor dicho, la quincena en que se celebra su fiesta, estará en ascuas en la mansión de los bienaventurados, oyendo los reproches de éstos, escandalizados de semejante baraúnda.

¡Qué romería y qué romeros! Las de los gallegui-



PASTOREO, cuadro de D. Laureano Barrau

tos y asturianos (que no son flojos) y las ferias más bulliciosas de Andalucía son niñas de teta y cosa de poca monta comparadas con la dichosa fiesta madrileña. Merced á la bondad de las empresas de ferrocarriles, que establecen trenes baratos, se llena la villa y corte de España de la sociedad más selecta de provincias, que viene resuelta á divertirse á sangre y fuego, para lo cual se toma ocho ó diez días de anticipación. La posada del Peine, la empresa de la plaza de toros y los timistas y enterradores hacen su agosto; pero lo cierto es que los habitantes de Madrid tienen que sortear más sirtes que los marinos del Pacífico. Las calles y plazas se llenan de racimos humanos; es decir, de forasteros que andan á bandadas, cogidos de la mano para no perderse, ó bien se paran en grupos ante los escaparates de las tiendas ó delante de las bolas de las farmacias, para tener el gusto de verse verdes, que es como les van á poner entre rateros, pobres, patronas, posaderos, músicos y danzantes. He dicho en otra parte que Madrid asimila, y es verdad. No obstante su embobamiento, á los tres días de estancia los forasteros se hacen madrileños, y es de verlos en los cafés cantantes, jaleando á los *cantaores* por lo *jondo* «¡Olé, viva la gracia!,» ó gritando á un diestro, desde un tendido de la plaza de toros: «¡Pare usted esos pies!»

Los forasteros que vienen por primera vez á Madrid tienen sorpresas indecibles, á las que contribuyen los *cicerones* madrileños que suelen acompañarlos. No se explican que las puertas del Palacio Real sean de madera vulgar lisa y moronda, cuando ellos las suponían por lo menos de plata con clavazones de corales.

– Pero esos reyes (los de la plaza de Oriente) ¿andaban tan *remendaos?*

– ¡Pues claro!, contesta el *cicerone;* entonces estaban á la cuarta pregunta.

– ¿Y por qué vestía todo de verde ese señor? (la estatua de Cervantes).

– No vestía así, sino que era tan pobre que sólo se mantenía de hierbas, y se le ha salido fuera el color. Aquél es el presidente del Consejo de Ministros.

– ¡Bah! ¡Si creerá usted que me piso el ramal! ¡Un presidente con ese saco y ese sombrero despeluznado!... etc., etc.

II

Por supuesto, que los forasteros y los que no lo son van en su mayoría á visitar el palenque de sus futuras hazañas antes de que llegue el día del santo; porque aquel sitio está lleno de fondas, fonduchas y puestos con ocho días de anticipación. Al que va por primera vez le sucede lo que al que entra en Londres por vez primera, que le parece feo, y á poco se convence de que es admirable. Y son admirables la residencia del patrón de Madrid y sus alrededores porque no tienen nada de particular, excepto cierto *chic* inexplicable: ese *chic* que nos hace exclamar á veces mirando á una mujer: «¡Qué fea tan simpática!» En aquel sitio el río es estrecho, en la pradera apenas hay algunos grupos de árboles diseminados, los cerros son escuetos, la capilla del santo no brilla por su arquitectura, y no obstante, todo el conjunto resulta atractivo y pintoresco. Comparar, por ejemplo, el famoso Prado de San Sebastián, donde se celebra la feria de Sevilla, con San Isidro del Campo, es como comparar el alma que plácidamente *se pasea por el cuerpo* con el alma que se desborda en los ojos, en los labios, en las manos y en todos los sentidos corporales.



PESCA, cuadro de D. Dionisio Baixeras

Los romeros de San Isidro morigerados, es decir, los que no se pasan en él todo el día, tienen sus días y sus horas predilectas. La gente pacífica y decente le visitan en la víspera de la fiesta ó el mismo día por la mañanita temprano; esto es, si el tiempo no lo impide, pues en tales días suele hacer un calor del Senegal ó caer unos chaparrones que convierten los *alrededores del santo* en laguna Meotis.

Pero que se achicharre ó se inunde el mundo, en Madrid desde la víspera están tan fijos en su sitio esperando romeros centenares de vehículos de todas clases, como el doctor Garrido en su farmacia, Luna, 6. En tales días se utilizan todos los medios de locomoción, desde la tartana valenciana al carro de violín. Al ver la interminable fila no se concibe que quepan en el planeta tantos armatostes, que no son pocos el día del santo. En este día desde las seis de la mañana los tres caminos principales que conducen á San Isidro parecen tres hormigueros humanos: gracias á que los puentes de Toledo y Segovia son sólidos, aunque no así el puente verde, que en más de una ocasión se ha hundido proporcionando á los romeros un baño en el Manzanares. Pero estos madrugones que van temprano y vuelven antes de que apriete el calor, ni son romeros clásicos ni madrileños netos. El verdadero hijo de Madrid no puede prescindir de ciertas formalidades. En primer lugar tiene que visitar de mañanita la capilla de San Isidro, anexa á la antiquísima parroquia de San Andrés: capilla que merece verse por su rica fabricación de mármoles y jaspes y por su no escaso mérito plateresco. Claro es que desde esta capilla se pasa naturalmente á la adjunta parroquia para visitar los lugares habitados por el santo y el pozo en donde santa María de la Cabeza sacaba agua para sus meneste-



VENDIMIA, cuadro de D. José M. Tamburini

res domésticos; y como unido á estos dos santuarios está la capilla del obispo, único y precioso ejemplar del arte gótico en Madrid, es forzoso también visitarla.

Después, el madrileño escrupuloso se traslada á la Colegiata, hoy catedral, pues allí, en rica urna, se veneran las cenizas del santo labrador.

Cumplidos estos deberes, la familia ó familias madrileñas, pues á veces se reunen varias, pueden emprender tranquilamente la romería en carruaje ó á pie, llevando los víveres y utensilios necesarios para almorzar y comer al aire libre, que es como debe hacerse en San Isidro del Campo. Si el sol les derrite los sesos durante el camino, propinándoles insolación y aun tifoidea, ¿qué importa con tal de que tengan tiempo de llegar y beber el agua de la fuente del santo, después de haber leído ú oído leer la siguiente famosa décima:

«¡Oh aijada tan divina
como el milagro lo enseña,
pues sacas agua de peña,
milagrosa y cristalina!
El labio al raudal inclina
y bebe de su dulzura,
pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieres
y calentura trujeres,
volverás sin calentura.»

III

Los que almuerzan ó comen en las fondas colgadas de tapices, con loza de la Cartuja y manteles en la mesa, los que se refocilan en los chiscones de los cerros, son romeros falsificados y de contrabando; soldados, mujerzuclas, forasteros que ignoran las costumbres clásicas, gitanos y gitanas que se embuchan el producto de sus buenas venturas: furriela sin color, aunque sí con olor y no á ámbares. Eso es la oclocracia de la romería. La familia madrileña pura entra á empujones en la capilla del santo, sube y baja la cuesta bordeada de puestos, compra las estatuitas de San Isidro y su no menos santa esposa, rosquillas de la indispensable tía Javiera y otras autoras, rosas del *pitimini*, silbatos colosales adornados de lazos sorprendentes, frasquetes llenos de licores tan misteriosos como la linfa Koch, y provista de estos enseres busca la sombra de algún árbol y se instala en la Pradera.

Por esto la Pradera es la síntesis, el idilio, digámoslo así, de la romería; idilio que á veces se eleva al drama.

Porque desde las dos de la tarde, ó cosa así, la mayor parte de los romeros de San Isidro, especialmente los de la Pradera, son irresponsables de sus actos. Allí no existe el libre albedrío, el resistero, los horrores de la digestión, el hipnotismo de los frasquetes, el ruido ensordecedor de los pitos y dicharachos, las lastimosas lamentaciones de los mendigos que merodean de corro en corro, los gritos de los vendedores ambulantes, las excitantes ondulaciones de las faldas de las romeras, el vértigo de los bailes, el rasgueo y punteo de las guitarras, la aparición siniestra y antiliberal de los agentes de orden público; todas estas cosas reunidas y cada una de por sí se llevan el libre albedrío á cien leguas de aquellos sitios: allí el libre albedrío consiste en cometer cada cual las mayores incorrecciones posibles. Como los corros se tocan y las cabezas están calientes, hay allí mil pretextos de bronca.

Por ejemplo, á un tenorio de un corro le flecha una chula de otro próximo:

– ¿Me hace usted el favor de bailar conmigo?

– Estoy *costipá*.

– Bailando sudará usted el *costipao*.

– Pero es que yo no bailo sino con quien *conozgo*, y á usted no le he visto más que *pintao* en una pandereta de Noche-Buena.

Bronca.

– Aunque no tengo el honor de conocer á usted, me va á hacer el *osequio* de beber un traguito.

– Yo no bebo más que agua caliente *pa* escaldar á los microbios.

– Pues ahora va usted á beber esto *ú* por la boca *ú* por la cabeza....

Bronca.

Además no faltan Mefistófeles que solivianten las pasiones. Hace dos años, uno al parecer caballero, al sacar la petaca dejó caer al suelo inadvertidamente un billete de banco; violo una cigarrera que estaba sentada debajo de un árbol y se levantó para cogerle; pero llegó tarde, porque un hombre del corro vecino se había apoderado de él.

– Ese billete es mío.

– ¡Ca! Señora, usted está *trascordá*, *me se* ha caído á mí del bolsillo.

Intervención de los hombres de ambos corros, bronca, un muerto y un herido, y resultado: un billete falso.

Y por la época de la revolución de septiembre ocurrió un suceso más lamentable todavía, puesto que fué causa de la pérdida de un buen ciudadano, consecuente liberal por añadidura. Era éste un carpintero de la calle del Baño, sargento de un batallón de milicianos nacionales, que tuvo la peregrina ocurrencia de ir á San Isidro vestido de uniforme. Tomó posesión de un sitio sombreado por un árbol, y dejando allí á un aprendiz, con la comida, fuése con la familia á hacer la correspondiente visita á la hermita del santo. Cuando volvieron, el bueno del sargento destapó un gran cesto en donde traían las provisiones, y se encontró con un culebrón de ojos como ascuas y con la boca abierta, por donde asomaba una lengua de tres puntas; y fué tal el terror que le produjo, que no paró de correr hasta el puente de Toledo. La culebra resultó empajada, pero habiéndose divulgado el lance, el carpintero no pudo sobrellevar el apodo de *Sargento de la culebra*, con que le designaron los vecinos de su barrio y sus compañeros de armas, y murió de vergonzosa melancolía.



ACUDIENDO Á LA CITA, escultura de Van der Straeten

IV

Los mendigos son una de las cosas más sorprendentes de la romería de San Isidro. Parece que la mitad de la población se ha disfrazado de pordiosero para pedir limosna á la otra mitad, y esto me recuerda las corridas de toros en Sevilla, en donde hay más vendedores de comestibles y refrescos que espectadores. Desde las calles de Toledo y Segovia y Cuesta de la Vega, hasta los cerros del santo, pululan los menesterosos en número incalculable. ¡Y qué menesterosos! En ellos se desbordan todos los aspectos de la fantasía monstruosa y de las deformidades humanas. Todos los que no son mudos tienen su frase pedigüeña lastimosa é invariable. Muchos llevan sucursales infantiles, es decir, niños y niñas que acosan al transeunte. Entre éstos hay un niño como de nueve á diez años de edad que pide limosna constantemente en Madrid, que ha consagrado la mendicidad como estado civil. Después de pedir el socorro, si se le niega, añade con aire de graciosa resignación: «¡Cómo ha de ser, otro día será!» dando á entender que tiene ante sí un largo porvenir de días para ejercer su profesión.

Las autoridades y una gran parte de la policía no se dan punto de reposo para vigilar y poner orden en la fiesta. Intervienen en las riñas, dirimen las contiendas entre vendedores y compradores, acuden al llamamiento de dueños de fonduchos y cantinas, donde los romeros suelen romper la *vajilla* y olvidarse de pagar el gasto; pero aun así, ¿quién puede poner límites á la expansión madrileña y forastera? Como en Noche-Buena, el año que no resultan de la romería dos ó tres muertos y cinco ó seis heridos, puede decirse que ha sido un año incoloro en lo tocante á San Isidro.

Bien caídas las sombras de la noche, la mayoría de los romeros van abandonando lentamente aquellos pintorescos lugares en donde tanto se han divertido. Muchos, *peneques* totales, no pueden volver á sus lares, y se quedan en el camino tendidos junto á los estribos de los puentes ó cabe las tapias de las casas de los arrabales; porque eso sí, un borracho puede perder la razón, pero no se ha dado caso de que se tumbe á dormir la mona en sitio donde pueda ser aplastado por los carruajes. Los hay que, bien sea por desorientación de su domicilio ó porque necesiten ambiente para su *jumera*, amanecen en la Moncloa ó en el soto de Migas Calientes. Pero en fin, los que llegan á Madrid lo hacen triunfalmente y es de ver el verlos desembocar en la Puerta del Sol por las calles de Carretas, Mayor ó Arenal, según el camino que traigan. Suelen venir cargados por dentro y por fuera, pitando en silbatos que representan cabezas de hombres políticos eminentes; polvorosos, despechugados, y las mujeres despeluznadas.

V

A las diez de la noche la Pradera de San Isidro queda relativamente desierta, pero los fervientes adoradores del santo se concentran en los cerros, para estar más cerca de él. En aquellas alturas no se extingue el fuego perpetuo de la romería y sigue el consumo de peleón, escabeche y tajadas de bacalao. Pudibundas mujeres madrileñas y gitanas que, como los murciélagos, no se sabe dónde se albergan, amenizan con sus encantos aquellos sitios. Se baila y se canta en todos los estilos:

«Y cuando el sol de mayo resplandece
Entre efluvios de vino y de tabaco,
Aquel sitio parece
Un lugar de la Mancha entrado á saco.»

Hasta hace dos años ha existido en Madrid una sociedad titulada *La Bestialidad*, que tenía por base de estatuto la comisión de todo género de barbaridades. Era presidente el que las cometía más grandes é ingeniosas. No es posible mencionarlas y corro un velo sobre el particular. Dos ó tres años, el día de la romería estableció este brillante círculo una sucursal en el Cerro de San Isidro, y allí en un gran cajón hecho de madera cenaban los socios (que afortunadamente no eran muchos) aliñando el festín con toda clase de... bestialidades. En el año de 1887 se les ocurrió una idea peregrina. Elegían presidente por San Juan, y aquel año se les ocurrió que lo fuera anticipadamente el que cometiese la mayor necedad la noche del patrón de Madrid, regalándole además un reloj de oro. Fueron reuniéndose los socios en el barracón, compitiendo al entrar en extravagancias colosales. Llegó uno rezagado, hasta entonces insignificante, saludó modosamente inclinando la cabeza, sentóse en un banco en un rincón, y se puso á rezar por lo bajo, pasando las cuentas de un rosario.

Por unanimidad fué aclamado Presidente y merecedor del regalo de la sociedad.

Una observación para concluir: en todas las ciudades y pueblos de España, y supongo que de todas partes, abunda el nombre del santo patronímico de la población. Por ejemplo, en Córdoba hay muchos Rafaeles de ambos sexos, en Zaragoza muchas Pilares, en Pamplona muchos Fermines y en Valencia innumerables Vicentes; pues bien: en Madrid apenas se encuentra un Isidro para un remedio. Los madrileños no se acuerdan de su bendito patrón más que para cometer excesos el día de su fiesta.

F. MORENO GODINO



EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BARCELONA. – VISTAS DE LA FACHADA DEL MUSEO Y DEL GRAN SALÓN CENTRAL EN DONDE ESTÁ INSTALADA LA SECCIÓN DE ESCULTURA, composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez



MONTAÑAS DE CÓRCEGA. (De una fotografía.)

## CÓRCEGA

### NOTAS DE VIAJE

Aunque se había desencadenado un recio temporal de Levante, no quiso detener la salida el capitán del *Bocognone*, aparejado en el puerto de Marsella para dirigirse al de Ajaccio: confiaba en la poderosa máquina de su nave para vencer la fuerza de las olas en el temido golfo de León. No equivocó el audaz marino sus cálculos, aunque por su causa hicieron un precario viaje los escasos pasajeros que conducía el vapor.

Después de veinte horas de mal tiempo, aparecieron á nuestra vista las sierras corsas. Es poco, comparado con la realidad, cuanto se ha escrito sobre su aspecto salvaje y pintoresco: es preciso ver los altísimos picos que se esconden en las nubes, la inmensa cordillera tallada por abruptos precipicios, la singular formación de las montañas altas, derechas, delgadas, pareciendo centinelas salidos del fondo del mar para velar el sueño de las vecinas costas de la bella Italia. Su conjunto es tan hermoso como variado el espectáculo que ofrece. Aquí la roca es negra, desnuda, sin vegetación; allá ostenta los indefinidos matices de la blanca caliza ó del rojizo jaspe: más cerca de la costa aparece revestida por espléndido manto de verdor en el que se confunden las tintas claras de la viña y las moreras con el tono obscuro de los olivos y las encinas. Y en medio de las cordilleras que cierran el horizonte oriental de la isla, se abren las profundas simas, negras y obscuras, como manchas de sombra en medio del riente cuadro de vida y luz. Sería difícil hallar otro rincón de mundo donde la naturaleza tuviera un carácter más variado y salvaje.

A lo largo de la isla y en las cumbres de la montaña se divisan altas torres cuadradas, idénticas á las que los vecinos de la costa mediterránea de España llaman *torres de moros*. Son las mismas fortificaciones que en pasados siglos construyeron los habitantes del litoral para librarse de las incursiones de los piratas berberiscos y argelinos.

En las partes bajas de Córcega se nota la influencia de la zona tropical, por la mezcla de vegetaciones que allí crecen ufanosas. La alta y melancólica palmera se balancea con dulce movimiento al soplo de la brisa, los cactus llenan las húmedas torrenteras; la magnolia de copudas ramas sombrea los caminos, y cien otros árboles y plantas tropicales muéstranse bellas y lujuriosas, como si vivieran bajo el ardiente sol del Egipto ó de la India. Naturalmente contribuyen á aumentar el aspecto pintoresco que tanta riqueza y variedad imprime á la naturaleza de la pequeña isla.

Vamos á Ajaccio. Soberbio golfo le abre las puertas del mar, y en su fondo está situada la hermosa villa, que blanca y bañada de luz parece á lo lejos una bandada de palomas en reposo sobre la playa. A su izquierda se ve un vasto recinto amurallado, lleno de pequeñas construcciones dispuestas sin orden ni simetría: es el cementerio, colocado en situación muy pintoresca junto al mar, para que el eterno murmurio de las olas acompañe á los que dejaron para siempre la compañía de los vivos.

No es extensa la villa de Ajaccio, que sólo encierra una población de ocho ó diez mil habitantes. Sus casas se agrupan en una estrecha lengua de tierra avanzada dentro del golfo, y forman cuatro ó cinco largas calles paralelas, cruzadas por pequeños callejones. La parte de la plaza es bonita, con jardines y edificios modernos, pero el resto de la ciudad se muestra ahora como debieron verla en siglos pasados sus antiguos dominadores genoveses. Abundan en ella los monumentos públicos, todos de época moderna. Solamente la Mola ó fortaleza situada á la boca del puerto conserva sus viejos bastiones y los matacanes y ladroneras de hace cuatro siglos. A la izquierda de la villa se encuentra una pequeña agrupación de rocas graníticas vacía en su parte interior, donde forma la llamada *Cueva de Napoleón*, por suponerse que el gran capitán del siglo frecuentaba aquel lugar en los días de su primera juventud.

Napoleón nació en Ajaccio, y al viajero inexperto ó ignorante que no lo supiera al desembarcar en su puerto, pronto se lo enseñarían la atmósfera de imperialismo que allí se respira y los recuerdos de la familia Bonaparte con que tropieza á cada paso. Por todas partes se ve su nombre: en las calles, las plazas y los monumentos. Una calle de Ajaccio, una plaza, una vía y un muelle llevan el nombre del primer Napoleón, cuya estatua en mármol, bastante mal ejecutada, se ve junto al muelle. Además hay allá el arrabal Bonaparte, la calle del rey Jerónimo, la del rey de Roma, la de Bonaparte, la de Leticia, los baños Napoleón, el asilo Eugenia, etc.

La mejor apoteosis de Napoleón I en Córcega se halla en la plaza del Diamante. Sobre un ancho pedestal de granito se eleva otro más reducido con la estatua ecuestre en bronce del primer cónsul, y á sus cuatro extremos se levantan las de sus hermanos José, Luciano, Jerónimo y Luis, vistiendo todos la toga romana. Este monumento, cuyo conjunto es bueno aunque resulte algo aplanado, se hizo por suscripción pública y fué terminado el día 15 de mayo de 1865, según reza la placa de bronce puesta en la parte anterior del pedestal.

Estos recuerdos bonapartistas parece como que mantengan el fuego sagrado del entusiasmo entre los partidarios de las instituciones caídas en la noche de los pasados desastres franceses. Por ello es de extrañar que en la misma Ajaccio se haya encontrado sitio para erigir otra estatua de bronce á uno de los hijos más ilustres del país, el general Abatucci, célebre en las guerras monárquicas francesas del pasado siglo, en las que halló gloriosa muerte.

Sin embargo, todo esto ofrece poco interés para el viajero que desembarca en Córcega. No se va á la isla para evocar recuerdos políticos, siempre menos interesantes que el estudio de lo especial, lo raro y lo típico de la tierra, y pronto se abandonan los pequeños puertos de la costa para respirar el aire sano y vivir la vida libre de sus agrestes montañas.

Viendo éstas, podríase creer que un desprendimiento de los Alpes rodó hasta el mar. Apenas hay un llano en la isla, ni se encuentran otros horizontes que los círculos de escarpadas cordilleras, sobre las cuales se destacan los majestuosos picos de Incudine y del Renoso, de 2.500 metros de altura, cubiertos por espléndida corona de hielo que nunca llega á derretir el ardiente sol del verano de la tierra. Al pie de las murallas acantiladas del centro de la isla crecen los bosques seculares de abetos y pinos negros, que sin duda no tienen rival en toda Europa. El bosque de Aitoni, de muy difícil acceso, es uno de los puntos de Córcega que más encantan al viajero.

Conviene visitar el interior de la isla si quiere examinarse en su propio elemento á la raza que lo puebla, al corso. Así lo hice, y por lo que á mi experiencia se refiere, debo constatar la buena acogida que merecí en todas partes. El campesino corso es atento, afable, respetuoso en grado sumo: no os cruza por el camino sin daros en su dialecto el *bona dies;* muéstrase expansivo al conversar sobre el país y sus costumbres, y se ofrece fácilmente, sin esperar retribución, para cualquier servicio que pueda demandársele.

Recuerdo una expedición que hice á la sierra de Apietto. Era una mañana caliente, húmeda, desapacible. Fatigado por las anteriores jornadas y la marcha de aquella madrugada, quise descansar un rato y almorzar; pero desconociendo la comarca, no pude hallar ninguna fuente. Dirigíme á un pastor de las inmediaciones, quien en seguida se brindó á acompañarme al sitio deseado, y me condujo, en efecto, á una de las vecinas hondonadas, de entre cuyas peñas brotaba cristalino manantial de agua, sombreado por corpulentas encinas. Partí con el buen viejo mis provisiones y, naturalmente, hablamos del país.

– ¿Sois continental?, me preguntó.

– Sí, pero no soy francés. Me he detenido unos días en la isla para visitarla.

– Es hermosa. Mirad á lo lejos la nevada cima de Punta Lincinosa. A su pie he nacido. La miseria me hizo emigrar hasta aquí, pero confío que la Madona me permitirá acabar los días en mi tierra.

Quedé estupefacto de la formalidad con que aquel hombre me hablaba de su *emigración* á veinte leguas de *su tierra*. Y en efecto, nótase en Córcega un exagerado sentimiento de amor al terruño, á la aldea nativa: sus habitantes encierran la patria entre las paredes de su choza y la nación en los confines de su isla.

Pueblo que hasta ahora ha vegetado entre las breñas fuera del contacto con toda civilización exterior, conserva aún muchas de las primitivas condiciones de su carácter. El corso es noble y generoso; entiende y practica el bien en forma ruda; pero no quiere ser engañado y es implacable en sus rencores, no fiando á nadie la reparación de los ultrajes que cree haber recibido. No le satisface la venganza si no la toma por su mano. Así se originaron la *vendetta* y los bandidos, que no se extinguirán en el país mientras viva un corso.

– Es crecido el número de bandidos que actualmente *guardan el campo*, díjome el viejo. Pero entended bien que no son ladrones, antes al contrario, ellos mismos cuidarían de perseguir y matar al *brigante* que pudiera deshonrarles. Bandido es simplemente el hombre que ventiló un asunto de familia matando á su enemigo; el que en riña tuvo la desgracia de herir á su rival, ó el que quiso evitar la conscripción militar. Colocado fuera de la ley, no puede vivir en los pueblos; pero se retira tranquilamente á las montañas con toda su familia, y no hace daño al que no le persigue. Si halla un viajero, le ofrece lo mejor que tiene, y si á su vez se encuentra necesitado, sombrero en mano pide un socorro, sin robar á nadie.

– ¿Cuántas personas creéis que viven ahora en despoblado?, pregunté al pastor.

– Unas cuatrocientas dentro de la isla.

El brigandaje se ha acabado por completo en Córcega. La gendarmería, las vías de comunicación y sobre todo el telégrafo han hecho imposible la existencia de las bandas de ladrones en despoblado. A mi paso por el centro de la isla pude adquirir la fotografía de la última compañía de esos bandidos, que hace pocos años sembró el terror en la comarca: era la familia Bellacochu. Inspira lástima contemplar tan extraño grupo. El marido, jefe de la cuadrilla, era un hombre de treinta y cinco años, robusto, more-

no, con poblada barba negra y traje de terciopelo de algodón. Su mujer, vestida con pañuelo á la cabeza, era el segundo de la banda, y con el fusil en la mano y el cigarro en la boca secundaba las órdenes de su marido. Componían el resto de la banda tres mujeres, una joven de catorce años, cuatro niños de corta edad y dos perros.

Los corsos salen siempre armados, y van por los campos con el fusil cruzado á la espalda y el cinto repleto de municiones. A veces, lo confieso, su aparición en el recodo de un camino no es muy agradable, especialmente cuando se les ve acercarse cubiertos con su ancho sombrero de fieltro negro, la barba poblada é inculta, el traje de pana ajustado al cuerpo, las botas de cuero hasta la rodilla y el arma en la mano; pero pronto un *buen día*, dicho con toda voluntad, tranquiliza al viajero. Tienen aquellos isleños tal afición á sus fusiles, que en los pueblos del interior no los dejan ni para asistir en la iglesia á los oficios divinos.

El carácter supersticioso de los corsos se revela de manera evidente en el crecido número de santuarios y capillas de la Madona ó de santos que se encuentran, tanto en los pueblos como en los caminos, en las casas de campo y aun en despoblado. Un modesto nicho de piedra cobija la imagen especialmente venerada en cada lugar; arde á su lado antigua lámpara, que la piedad de los fieles mantiene siempre encendida; á sus pies renuévanse continuamente los ramos de flores y manojos de plantas silvestres, depositados como humilde ofrenda por los devotos viajeros, y en muchas ocasiones un dístico, una palabra, un verso, llama la atención de éstos para que detengan su marcha y adoren el altar. En la misma plaza del mercado de Ajaccio se ve uno de estos nichos con la imagen de la Virgen María y á su pie hay grabada la inscripción siguiente:

Fermati o passaggier, la testa china
E saluta del Ciel l' alta Regina.

Encuéntranse en los campos de Córcega otras capillas, consistentes en pequeños edificios de un solo plano, rematados por una cruz de hierro y circuídos por frondosos cipreses; los corsos tienen la piadosa costumbre de reunir en ellas los muertos de cada familia. Es decir, que á cuatro mil años de distancia, se sigue en aquel país la misma práctica observada por los egipcios de dar propia morada á sus difuntos, en vez de confundirlos y amontonarlos en los cementerios.

Llamó ciertamente mi atención esta coincidencia, que en suma sólo prueba cómo una misma costumbre puede existir entre pueblos que no han tenido afinidades de ningún género. No creo que fuese importada por los corsos de la antigua Cirnos, desde el antiguo imperio faraónico con el cual carecieron de relaciones, ya que no está probado que los Shardanas, es decir, sus vecinos sardos, que alguna vez invadieron el Egipto, subieran á Córcega. La primera población de la isla corsa es liguria; se compuso de etruscos y pelasgos, mezclados más tarde con algunas tribus ibéricas; los fenicios siguieron á éstas, y á su vez fueron suplantados por los cartagineses, que ocuparon la isla hasta la dominación romana. Sin embargo, el modo de enterramiento de los corsos fué y sigue aún siendo idéntico al de los primitivos egipcios, pues erigen en sus montañas los monumentos funerarios, compuestos por la capilla abierta al exterior y el sepulcro cavado en la tierra. La sola diferencia que entre ellos se nota consiste en la falta de epitafios y lápidas sepulcrales de los mausoleos corsos.

Es simpática esta idea de tener los difuntos por familias, en su propia casa, con un cercado de sombra y de verdor en torno del lugar donde duermen el último sueño; que constrasta con la implacable igualdad de nuestras necrópolis, sus comunes fosas y sus revueltos osarios, donde van á confundirse los restos de generaciones que separó el destino en la vida y los años en la historia. Place ver la airosa capilla aislada en el campo, en la cual cada difunto tenga un culto que harto extinguirá el tiempo, y un retiro que por desgracia el olvido pronto dejará desierto.

Que la costumbre es antigua, pruébanlo los numerosos sepulcros abandonados en las montañas. Pero los monumentos subsisten, y mejor aún, queda en el país la costumbre de erigirlos. ¡Ojalá pudiéramos seguirla también nosotros, y de una vez acabar con la brutal nivelación de nuestros cementerios!

EDUARDO TODA

---

## ROSALINDA

CUENTO FANTÁSTICO DEL SIGLO XVII

*(Conclusión)*

Encontráronse casualmente en palacio á los pocos días el consejero, el doctor y el judío, que era el usurero de la corte. Se confiaron mutuamente sus aventuras, y convinieron en que los tres habían sido juguete de las artes diabólicas de una bruja. El judío azuzó á los otros dos para que expusieran sus quejas al rey en nombre de la religión. Así lo hicieron, y aquel recto monarca les contestó:

– Id tranquilos. Vuestra reclamación no puede ser más justa. Voy á dar orden de que prendan inmediatamente á esa bruja. Mañana la veréis quemar viva (¡je, je!...) en una de esas hogueras que tenemos siempre dispuestas para estos casos.

Los esbirros se presentaron aquella misma tarde en casa de Rosalinda; pero aunque registraron escrupulosamente del zaguán al tejado, no hallaron á nadie. La inquilina había desaparecido la víspera, dejando antes satisfechos todos sus compromisos pecuniarios. El hecho preocupó la atención pública durante unos días; pero pasado un poco de tiempo, nadie volvió á acordarse de la hermosa extranjera, como la llamaban en el barrio.

### IV

Pipolín estaba hecho un cerdo, aunque mala comparación; comía por cuatro y dormía por ocho; cuando no estaba engullendo ó roncando, se le veía por los rincones mustio y cabizbajo, así como los perros cuando les entra el moquillo. Como Pipolín no había dicho esta boca es mía, se formaban acerca de su desaparición y su reaparición las más absurdas conjeturas. Los más sensatos, suponían que el príncipe había sido arrebatado por una tromba marina, y que otra tromba lo había vuelto á depositar sano y salvo sobre la playa. Su madre no hacía más que decir: «A este chico le falta algo.»

La reina dijo un día con la mayor dulzura á Pipolín:

– Hijo mío, si no te has vuelto imbécil, te falta muy poco. Andas siempre como un palomino atontado, y ni con ganchos se te sacan las palabras del cuerpo. A mí me parece que el cambiar de estado habría de sentarte bien. ¿Por qué no te casas?

– Bueno, contestó indiferentemente el príncipe heredero. ¿Y con quién?

– Con la princesa del Catay.

– Bueno, contestó el príncipe con igual indiferencia. ¿Y cuándo?

– En seguida. La princesa ha llegado ayer á esta corte. Si quieres, nuestro ministro de Estado irá hoy mismo á hacerle proposiciones.

– Bueno.

Es de advertir que aquella princesa del Catay, aunque compatriota, y según dicen, hasta parienta de Angélica, no tenía nada de común con aquella célebre beldad. Era en extremo flacucha, desgarbada, imbécil, y hasta sorda por añadidura. El ministro de Estado, que no desconocía esta última circunstancia, cogió un caracol marino, lo envolvió en un periódico y se fué á casa de la princesa. Una vez allí, le manifestó con auxilio del caracol la alta misión diplomática que le había sido encomendada. La princesa contestó secamente:

– Bueno.

Para solemnizar los esponsales del príncipe, se dió en palacio un gran banquete, al que asistieron, además de la nobleza, el cuerpo diplomático y los altos dignatarios del Estado, las notabilidades todas de la corte en ciencias, artes, literatura, etc. Reinaba entre los convidados la más alegre expansión, cuando presentaron en la mesa un gran pastel de



CÓRCEGA. – EL BANDOLERISMO. – LA FAMILIA BELLACOCHU. (De una fotografía.)



HISTORIA AMOROSA, copia del celebrado cuadro de Laurentí



BUSTO EN MARMOL DE S. M. LA REINA REGENTE, esculpido por D. Agustín Querol

aves. El príncipe Pipolín, que hacía los honores de banquete, levantó con delicadeza suma la cubierta del pastel y en el acto voló de su interior una paloma blanca. Al ruido producido por las alas, volviéronse admirados todos los comensales. La paloma, después de posarse sobre la cornisa de un espejo y arrullar tres veces, pronunció el siguiente discurso (las palomas de aquel tiempo tenían grandes disposiciones para la oratoria):

«¡Ah, príncipe Pipolín! ¡Ah, granuja! ¿Cómo has podido olvidar á la pobre Rosalinda? ¿Y aquel anillo que le diste? ¿Y aquellos juramentos de hacerla tu esposa? ¿Crees que por ser príncipe puedes faltar á tu palabra y quedar como un cochero? ¿No te acuerdas ya de que, gracias á ella, no te escabecharon en Turquía? ¿De ese modo pagas los sacrificios que la muy tonta hizo por ti?... Pero Dios lo ve todo; y aunque algunas veces hace la vista gorda, no es sordo como esa princesa del Catay, que no hace más que alargar inútilmente su cuello de jirafa para pescar lo que estoy diciendo. ¡Anda! Cásate con ella, sé emperador del Catay; pero no te arriendo las ganancias.»

Terminado el discurso, la palomita salió volando por una ventana y se perdió en los aires.

El príncipe Pipolín se desmayó. La princesa del Catay no hacía más que preguntar:

–¿Pero qué pasa aquí? ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

La reina, que era un alma de Dios, lloraba á lágrima viva; pero el rey, que era hombre de carácter, se mostraba muy irritado por aquella elocuencia *palomil;* hizo comparecer inmediatamente á su presencia al cocinero mayor y le dijo con acento colérico:

–Necesito saber en el acto qué significan ese pastel, esa paloma y ese discurso.

El pobre hombre contestó temblando como un azogado:

–Señor, juro á Vuestra Majestad que no he tenido arte ni parte en ese pastel. El exceso de confianza me ha perdido.

–¿Cómo es eso?

–Señor, hace algunos días se me presentó un jovenzuelo solicitando una plaza de marmitón. Me pareció listo el rapaz y lo admití en las cocinas reales. Y la verdad es que en punto á disposición, nada ha dejado que desear: en el poco tiempo que lleva de oficio, nos ha aventajado á todos en la confección de muchos platos; hoy se empeñó en aderezar él solo ese pastel...

–Que venga aquí al momento ese pinche, interrumpió el monarca.

A los pocos instantes se presentaba en el salón del banquete el muchachuelo, todo avergonzado y cubriéndose la cara con el blanco gorro de cocina. En esta actitud, llamó vivamente la atención de todos los invitados un diamante de tamaño nada común que el ayudante de cocina lucía en uno de sus dedos. Pipolín, que había vuelto en sí á fuerza de echarle vasos de agua fría en la nuca, se fijó en el anillo, corrió hacia el marmitón, le descubrió el rostro y gritó ebrio de júbilo:

–¡Rosalinda! ¡Mi adorada Rosalinda!

Abrazáronse estrechamente ambos amantes, hasta que al cabo exclamó Pipolín:

–Rosalinda, se me cae la cara de vergüenza al pensar lo que habrás dicho de mí.

–Aquí no ha pasado nada, querido, repuso Rosalinda; yo sé que tus últimas sandeces no han tenido otra causa que la maldición de mi mamá.

–Luego tu mamá echa maldiciones lo mismo que las gitanas...

–Las echaba, porque ya está en el otro barrio.

–Allí nos aguarde por mucho tiempo.

–Pero, como en medio de todo, la pobrecita era un alma de cántaro, al condenarme á desaparecer de tu corazón y de tu memoria, se olvidó de añadir *para siempre.* Gracias á ese olvido, el encanto que te subyugaba ha quedado deshecho.

De repente, la memoria de Pipolín se iluminó, como si le hubieran encendido dentro del cerebro una docena de lámparas incandescentes. (Y eso que por aquel tiempo no soñaban aún en conocer los portentos de la electricidad.) A favor de aquella luz, ó por mejor decir, de aquella luminaria, pudo relatar el príncipe sus aventuras entre los turcos, haciendo resaltar el inmenso amor de Rosalinda, que le había salvado la vida y devuelto la libertad á costa de los mayores sacrificios. A renglón seguido manifestó el príncipe que antes lo harían tajadas que casarse con otra mujer que Rosalinda.

Después de escuchar en silencio aquella conmovedora narración, dijo el monarca:

–Pipolín, esta chica te conviene; es lista, fiel, hacendosa, y tengo para mí que ha de ser una mujer de su casa; por lo pronto, ya hemos visto las manos que tiene para guisar. Después de lo que ha hecho por ti, sería una granujada el que le jugases una mala partida. Además, la que ha sido buena hija, no puede ser mala esposa. Cásate con ella, que no vas mal.

–¿Y qué nos hacemos ahora, preguntó la reina, con esa princesa del Catay?

El ministro de Estado, que se hallaba presente y era hombre de grandes recursos, se apresuró á decir:

–No pasen apuro Vuestras Majestades, yo me encargo de eso.

Mandó traer el caracol marino, por medio del cual hizo comprender á la princesa del Catay que había entendido mal y que había sido invitada tan sólo para asistir á las bodas del príncipe Pipolín con la princesa Rosalinda. La del Catay, al oir tales razones, dijo *¡Ah!*, con extrañeza, y abandonó majestuosamente el salón sin despedirse de nadie.

No se hizo esperar una enérgica reclamación diplomática por parte del Catay; pero el ministro de Estado de Meloria, en una extensa y bien razonada nota, convenció plenamente al gobierno del Catay de que tan difícil situación reconocía por único fundamento la falta de oído de la princesa y el mal estado de sus facultades mentales. «¿Cómo, si no, decía el ministro en su nota, puede dar acogida ese gobierno á la ridícula suposición de que el príncipe heredero de Meloria fuese á contraer matrimonio con un marmitón?»

El talento del ministro de Estado evitó una sangrienta guerra, y con ella, sabe Dios cuántos miles de víctimas inocentes.

El consejero regio, el usurero israelita y el médico de cámara, conocedores de una página bien triste de la historia de Rosalinda, acabaron por convencerse de que aquella página misteriosa había sido puro sueño de sus fantasías. Como los tres eran unas personas tan decentes y como en Meloria se pagaba con el pellejo la más leve ofensa á la familia real, no volvieron á hablar de semejante sueño, ni aun en la reserva más absoluta. Excusado es decir que Pipolín vivió siempre ignorante de aquel secreto, lo cual nada ofrece de particular si se tiene en cuenta que á otros, aun sin ser de estirpe regia, les ha pasado tres cuartos de lo propio.

Pipolín y Rosalinda se casaron, fueron reyes de Meloria, tuvieron muchos hijos, y vivieron felices y contentos hasta el fin de sus días.

Y colorín colorado.

JOSÉ TORRES REINA

## NUESTROS GRABADOS

**Poderoso magnate, cuadro de D. José Jiménez Aranda.** – En las escenas de fines del pasado siglo y principios del presente halla ancho campo en que lucir su talento el hábil dibujante y consumado colorista D. José Jiménez Aranda, algunas de cuyas obras de este género son actualmente admiradas en nuestra Exposición general de Bellas Artes. A él pertenece también *Poderoso magnate*, cuadro lleno de intención y de encantadora factura, en el que los menores detalles destácanse con todo el relieve que el pincel del famoso pintor español sabe prestar á sus composiciones huyendo de los efectos artificiosos y apelando, por el contrario, á colores, frescos sí y aun brillantes cuando viene el caso, pero suaves, jugosos, graduados en delicados matices y sobre todo de una verdad admirable. La característica de Jiménez Aranda es la naturalidad, hija de la observación atenta y del estudio concienzudo, y rindiendo culto á esta tendencia consigue triunfos tan señalados y merecidos como el que con *Una desgracia* logró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes.

* * *

**Pastoreo, cuadro de D. Laureano Barrau. – Pesca, cuadro de D. Dionisio Baixeras. – Vendimia, cuadro de D. José María Tamburini** (Salón Parés). – A la par que nuestros artistas logran con su esfuerzo y constante labor un nuevo timbre para Barcelona, ya que todas sus manifestaciones industriales llevan consigo el sello artístico que las avalora, desenvuélvese la cultura artística que determina el deseo de imponer el buen gusto á todo, desde lo más nimio á lo que ya revista caracteres de grandeza. De ahí que en las construcciones, en el mueblaje, en los tejidos y en el decorado de los salones, se hallen siempre pruebas de las buenas corrientes que hoy, por fortuna, informan las creaciones todas de nuestros artistas y artífices. La pintura aporta en el embellecimiento los variados matices de la gama, y los pintores procuran arrancar de su paleta los tonos más simpáticos ó sentidos, á la vez que geniales concepciones.

Los tres *panneaux* que reproducimos, destinados á embellecer el salón comedor de una suntuosa vivienda, constituyen otros tantos cuadros de las costumbres de nuestra región. Tamburini representa en la *Vendimia*, con esa sentida elegancia que tanto le distingue, con ese misticismo plástico que rebosa en todas sus composiciones, una escena de nuestro país, en la que tanto los tipos como el paisaje y la luz son de esta región; Baixeras ha buscado en sus dos rapazuelos el modo de representar la *Pesca*, destacando por obscuro sobre un celaje luminoso, sus dos figuras tan reales, como lo son las de los marineros que le sirven de modelo para sus composiciones, y Barrau, que al igual de Vayreda, traslada su estudio á la campiña de Olot, durante la estación veraniega, ha transportado al lienzo una garrida zagala que al caer de la tarde conduce su rebaño al aprisco. Completan estas composiciones otra debida al pincel de Llimona, dedicada á la siega, que confiamos poder dar á conocer á nuestros lectores.

Para que nuestros artistas puedan dar mayores muestras de su valer, precisa que los próceres catalanes presten á las artes mayor protección, ya que sólo á ellos es dable impulsar la pintura decorativa, en la que verdaderamente se manifiesta la genialidad del artista. Al entusiasmo del Sr. Marqués de Linares débense las más grandes composiciones del malogrado Plasencia.

* * *

**Acudiendo á la cita, escultura de G. van der Straeten.** – Los que recuerden las esculturas *Billete amoroso* y *El favorito* que hace algún tiempo reprodujimos, habrán adivinado, aun antes de haber leído el nombre del autor de *Acudiendo á la cita*, que esta obra ha salido del mismo cincel que produjo aquéllas; porque van der Straeten imprime en todas sus estatuas un sello de originalidad, de elegancia y de alegría que no permite confundirlas con las de ningún otro artista. Conseguir este estilo propio, casi exclusivo, sin caer en amaneramiento ni hacerse monótono, es empresa por demás difícil: van der Straeten ha salido tan bien de ella, que hoy su firma es una de las más reputadas en el mundo artístico y los inteligentes y aficionados se disputan sus creaciones, que además de excepcionalmente buenas son deliciosamente bonitas.

* * *

**Vista de la fachada principal y del gran salón central del Palacio de Bellas Artes, dibujo de D. Nicanor Vázquez.** – De lo que es la Exposición general de Bellas Artes considerada desde el punto de vista artístico, ocúpase en este periódico con más autoridad y más acierto de los que pudiéramos tener nosotros el reputado crítico D. José Yxart; el aspecto que ofrece el Palacio de Bellas Artes, y especialmente el gran salón central, lo ha descrito ya y seguirá describiéndolo pluma mejor cortada que la nuestra en las interesantes crónicas quincenales de *El Salón de la Moda*. Queda, pues, en esta sección reducida nuestra tarea á llamar la atención de nuestros lectores sobre el elegante dibujo de nuestro distinguido colaborador Sr. Vázquez que da una idea exacta del exterior del Palacio y del aspecto del grandioso salón central del mismo, en donde está instalada la sección de escultura y que es el punto de reunión de la numerosa cuanto selecta concurrencia que acude á visitar el actual certamen artístico.

* * *

**Historia amorosa, copia del celebrado cuadro de Laurenti.** – Con decir que al contemplar la *Historia amorosa* se le ocurre á quien algo de pintura entienda atribuirla á Alma Tadema, el pintor de fama universal, queda hecho el mejor elogio del cuadro de Laurenti. Bien entendidas las figuras, perfectamente estudiado el asunto y el carácter de la época y atendido con especial solicitud el elemento psíquico, que es el factor que más han de cuidar los artistas que quieran crear algo sólido, algo que se aparte de tanta frivolidad como hoy se produce, cuanto más se contempla, más se admira esta obra maestra de un género hoy poco cultivado, según unos por pasado de moda, según otros – y éstos á nuestro entender ponen el dedo en la llaga – porque entraña dificultades que pocos saben dominar y requiere estudios que pocos se ven con ánimos de acometer. Por esta razón merece doble alabanza el pintor que como Laurenti sabe vencer aquellos obstáculos y logra adquirir el caudal de conocimientos que le permite dar feliz cima á un lienzo como el que reproducimos.

* * *

**Busto en mármol de S. M. la Reina Regente, esculpido por D. Agustín Querol.** – La última obra del afamado escultor catalán es sin disputa una de las mejores que la estatuaria moderna ha producido y de las que de una manera más admirable realizan el ideal del arte escultórico, que no consiste simplemente en crear la belleza plástica, sino en dar expresión á la materia inanimada, haciendo que al través de ésta y revestida de irreprochables formas se descubra un alma que la anime, destruyendo la frialdad del mármol, con ese soplo vital que sólo á los grandes genios les es dado infundir en sus creaciones. Examínese como se quiera el busto de Su Majestad la Reina Regente, siempre resultará una maravilla; si desde el punto de vista técnico la consideramos, habremos de confesar que difícilmente puede el cincel modelar líneas más correctas ni imitar con igual perfección y sobriedad el cuerpo humano, las vestiduras que lo cubren y sobre todo la piel que lo envuelve cayendo en holgados y blandos pliegues que cuesta trabajo no confundir con la realidad; y si ahondando más, nos fijamos en la parte interna, adquiriremos el convencimiento de que es imposible dar mayor vida á una escultura. Al que la contempla cuéstale trabajo convencerse de que aquellos labios no han de abrirse para dar paso á las palabras, de que en aquellos ojos no ha de brillar la mirada y de que aquel seno no ha de agitarse tras breve pausa de los movimientos respiratorios.

Mucho elogió la prensa madrileña esta obra de Querol, hoy expuesta en la Exposición internacional de Berlín, pero en vista de la reproducción de la misma, no vacilamos en afirmar que de tales alabanzas y aun mayores es digna esa joya de la moderna escultura española.



Un momento después sintióse dulcemente aprisionada en los brazos de su joven vecino...

# EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

(CONCLUSIÓN)

No se cansaban de estar juntos, separábanse con sentimiento y volvían á verse con un placer cada vez más vivo; ningún enfado turbaba sus conversaciones, y sin confesárselo aún, los dos jóvenes se profesaban una simpatía cada vez más tierna. Algunas veces, cuando hablaban en el antiguo salón é iban á pasearse por el parque, sus miradas se cruzaban de pronto, y á esa comunión de miradas sucedían repentinos silencios; las mejillas de ambos se sonrojaban, sus corazones latían, y poseídos de una turbación lánguida, balbucían palabras incoherentes. En el momento de despedirse y al estrecharse la mano, no acertaban nunca á separarse, y con frecuencia Huberto, después de haber salido, reaparecía bruscamente bajo un pretexto cualquiera á fin de disfrutar una vez más de las delicias de aquella larga y voluptuosa presión de manos. El amor, que los acosaba sordamente, no debía de tardar en declararse por aquel peligroso proceder, y así sucedió al fin.

El hecho se produjo de la manera más sencilla y natural del mundo: un domingo del mes de agosto, día de la fiesta patronal de Champlain, al hacer Huberto su visita de costumbre, encontró á la señora de Gurgis sola en la casa desierta; como Jacobita era buena y trataba maternalmente á sus criados, habíales permitido á todos ir á la fiesta, ordenando que le preparasen algunos fiambres para cenar, á fin de no obligarles á volver antes de la noche.

– He dado libertad á toda la servidumbre, dijo á Huberto, asombrado de la completa soledad de Val-Dormant; los criados son como nosotros, necesitan divertirse, y les he permitido ir á Champlain hasta las diez... Si se queda usted á cenar conmigo, deberá servirse á sí propio.

Esta perspectiva pareció seducir al joven; los dos fueron á sentarse en el antiguo diván de terciopelo de Utrecht, y Jacobita propuso á Huberto continuar la lectura de un libro que habían comenzado y que les divertía mucho. La señora de Gurgis era quien leía, con voz dulce y clara, mientras que Huberto contemplaba á su lectora. En la penumbra del salón, cuyas ventanas estaban cerradas por el lado del sol, la joven parecía más seductora aún que de costumbre; como esas aguas de los surtidores mágicos que toman color y son luminosos por obra de un aparato subterráneo, el amor oculto en su corazón la iluminaba y comunicábale agradable colorido. En cierto instante interrumpió su lectura para hacer una observación, á la cual Huberto contestó solamente con una tierna mirada; y muy pronto las de los dos se cruzaron, haciéndose una mutua declaración de amor. Fuera de la casa reinaba un silencio soñoliento entre los pinabetes del parque; por la abertura de la ventana entreabierta veíase un rincón de aquél lleno de rosas; sobre ellas zumbaban los abejorros y zánganos, y en alas del viento llegaban hasta allí los sonidos de las campanas y de las músicas de la fiesta. De repente el libro se cayó de manos de Jacobita; un momento después sintióse dulcemente aprisionada en los brazos de su joven vecino, que la estrechaban sin la menor resistencia por parte de ella.

## V

La señora de Gurgis se entregó sin reserva y sin escrúpulo, porque su casamiento *in pártibus* no le pesaba, ni se creía obligada á mantenerse fiel á un hombre original que la había abandonado en la noche misma de su boda. Vírgenes los dos en punto á tiernos afectos, amáronse con toda su alma, saboreando ansiosos con delicia el suculento fruto de amor. No sólo se adoraron locamente, sino que su pasión se convirtió en un enlace duradero. La señora de Gurgis aportaba á esa felicidad los asombros de una virgen y el afecto casi maternal de una mujer de reflexión madura. Huberto ponía de su parte todo el entusiasmo de un primer amor, toda la expansión de un corazón agradecido. A medida que su unión era más íntima, descubría en su compañera cualidades que aumentaban su cariño hacia ella: la bondad, la franqueza, y una cultura intelectual muy superior á la suya. Cuando las feas consiguen seducir, sujetan á los que de ellas se enamoran con lazos que difícilmente se rompen, y Huberto de Chatelliers dió una prueba de la verdad de esta observación. Cada día se mostraba más enamorado, y su afecto era cada vez más sólido.

A fin de respetar las conveniencias, ambos se esforzaban para observar mucha discreción y prudencia en la manifestación de su ternura; ocultaban su dicha, y el misterio comunicaba más exquisito sabor á la intimidad que se escondía para todos entre las espesuras de Val-Dormant. Sin embargo, por muchas que fuesen las precauciones que tomaran, el amor es de tan volátil esencia, y tiene un aroma tan penetrante, que se descubre aunque esté herméticamente cerrado. Poco á poco, la íntima familiaridad que existía entre el joven propietario de la Roserolle y la señora de Gurgis hizo sonreir á la gente de la vecindad; se charló de ello en Champlain y en otras partes, y varias personas caritativas se escandalizaron. La cosa llegó á oídos del señor de Noirel, quien se creyó obligado á dirigir á su hermana fraternales observaciones; pero la joven, inquietada en su dicha, contestó secamente que había alcanzado una edad en que cada cual es responsable de sus actos, y que bastante caro le costaba el derecho de vivir á su antojo. El señor de Noirel se dió por entendido, y satisfaciendo á la vez su egoísmo y su dignidad, aprovechóse de aquella contestación para no intervenir ya en los asuntos de su hermana. Huberto y Jacobita, por lo demás, no se apuraron largo tiempo por lo que de ellos pudiera decirse; habían vivido hasta entonces lejos del mundo, y no se cuidaban gran cosa de la opinión de los indiferentes: obstináronse en amarse en paz en su soledad, olvidáronse de todo, y muy pronto fueron á su vez por los demás olvidados. Las lenguas se cansaron de murmurar de ellos, la malignidad pública buscó otros alimentos, y la gente de los alrededores acabó por aceptar con más indulgencia el hecho consumado.

La intimidad continuó, pues, siempre discreta y tierna, con la seguridad de un matrimonio y sin las prosaicas promiscuidades que le caracterizan. Al cabo de cinco años experimentaban al verse el mismo placer que el primer día; sus corazones latían con la misma emoción durante los minutos que precedían á la hora señalada para sus citas; y separábanse cada noche con igual sentimiento, después de disfrutar con la misma tranquila alegría de la voluptuosidad de las caricias y del encanto de la conversación.

Una tarde de enero, al principio del sexto año de sus relaciones, conversaban cariñosamente en el gran salón, delante de la chimenea, donde chisporroteaban algunos troncos de haya; en el exterior sentíase uno de esos fríos rigurosos que cubren de escarcha los vidrios de las ventanas, comunicando á los árboles un aspecto aterido, y soplaba un viento helado que hace más preciosos el fuego y una dulce intimidad. Huberto y Jacobita decíanse que era una dicha amarse sinceramente en un lugar bien resguardado, en aquella ruda estación, y estrechábanse uno contra el otro. Profundo silencio reinaba alrededor de la casa, y los melancólicos gemidos del viento entre los pinabetes de la avenida asemejábanse á un discreto murmullo, propio para acompañar el sueño invernal de los campos y de los bosques.

De repente, en medio de aquella calma profunda de la naturaleza adormecida, oyóse resonar á lo lejos un débil rumor de cascabeles en dirección á Champlain; los dos amigos escucharon distraídamente, y acercándose más uno á otro en el diván de terciopelo, que habían acercado á la estufa.

– Agrádame oir ese ruido de cascabeles en los caminos, dijo Huberto, sobre todo cuando se acerca la noche ó en las tardes de invierno como ésta, cuando estoy cómodamente sentado en mi habitación bien cerrada. Experimento una satisfacción egoísta al pensar en los viajeros que corren por los caminos con semejante tiempo, y me considero más feliz aún comparándome con ellos.

– A mí también me agrada el ruido de los cascabeles, repuso la señora de Gurgis, porque esto me recuerda mis primeros años de juventud, durante los cuales me aburría tanto en Val-Dormant, deseando que uno de esos raros coches, cuyos cascabeles oía, me trajese al fin el cambio de existencia á que aspiraba... Ahora, continuó, tengo la felicidad soñada, y ya nada pido á los cascabeles de los coches que pasan.

El ruido se aproximaba por momentos, siempre claro y más alegre; ya se percibía más distinto el rumor producido por las ruedas y el trote de los caballos sobre la tierra endurecida; durante un momento fué más sordo, pero después resonó más cerca, y á los que escuchaban parecióles que el coche avanzaba por la avenida. De repente oyóse el chasquido del látigo y nuevo ruido de cascabeles, y á los pocos minutos todo quedó silencioso. Un carruaje acababa de penetrar en el patio, donde se detuvo; oyóse rumor de voces y el choque de una portezuela que se abría y cerraba.



Catalinita

Los dos enamorados levantáronse perplejos; la sorpresa les hacía enmudecer, é interrogábanse con la mirada sin osar comunicarse sus rápidas y ansiosas reflexiones.

La puerta del salón se abrió de repente como por un golpe de viento, y en el umbral apareció Catalinita, que llena de sobresalto y con voz ahogada dijo:

– ¡Señora, es el señor de Gurgis!

## VI

Era este anuncio tan extraordinario, tan increíble, tan incongruente, que Jacobita no halló fuerza ni aun para alejarse del diván, donde un momento antes estaba sentada cariñosamente junto á Huberto de Chatelliers; y aquel mueble de escasa anchura debía hacer más visible aún á los ojos del recién venido la familiar intimidad que reinaba entre su señora y el vecino. Jacobita palideció mucho, y el mismo Huberto se desconcertó.

El señor Gurgis entró sonriendo, con la confianza de un hombre que está en su casa. Los cinco años pasados en el Oriente habíanle gastado y envejecido un poco pero siempre era elegante, muy pulcro, desdeñoso y de modales fríamente corteses. Dirigió una mirada irónica al diván ya vacío, y adelantóse hacia la desolada Jacobita.

– Señora, dijo, besándole la punta de los dedos, me han concedido el retiro; anteayer desembarqué en Marsella, y mi primera visita es para usted... No sé aún dónde fijaré mi residencia para vivir con la modesta pensión que el Gobierno debe pasarme, y hasta que se resuelva el expediente, me ha parecido oportuno venir á ofrecer á usted mis respetos, solicitando su hospitalidad... Sin embargo, añadió con tono sarcástico, fijando su mirada en Huberto de Chatelliers, no quisiera servir de estorbo á nadie, y por lo tanto ruégole que dé orden de preparar una habitación y de poner un cubierto más en la mesa, sin cambiar en nada sus costumbres.

Y sin fijarse al parecer en la actitud confusa de Huberto ni en el asombro indignado de Jacobita, apoyóse en la chimenea, se calentó los pies y comenzó á pasear tranquilamente por la habitación como si jamás hubiera salido de Val-Dormant.

Gurgis era el único que hablaba, pues sus dos interlocutores no tenían muchas ganas de conversación. Huberto, consternado y pronto á desesperarse, veía rotas para siempre, por la llegada de aquel intruso, las relaciones de intimidad y de ternura que habían encantado su juventud y la de Jacobita, y preguntábase ya qué partido debería tomar. En su calidad de esposo legal, el señor de Gurgis tenía seguramente derecho á reinstalarse en Val-Dormant; mas era odioso á Jacobita, sin duda la haría muy desgraciada, y correspondíale á él, Huberto, adoptar las medidas necesarias al reposo y salvación de su amiga. ¿Debería provocar al señor de Gurgis, ó inducir á la joven á huir con él para sustraerse á una tiranía insoportable? No viendo más que estas dos alternativas, preguntábase con ansiedad cuál elegiría. Por su parte, la señora de Gurgis, repuesta de su primer estupor, decíase que era preciso cortar por lo sano alejando á toda costa al odioso personaje que después de cinco años de abandono osaba reclamar sus derechos. En su consecuencia resolvió tener con él una explicación al punto, y dirigiéndose á Huberto:

– Señor de Chatelliers, le dijo, ¿quiere usted tener la bondad de dar las órdenes oportunas para que se prepare habitación al señor de Gurgis y para que conduzcan á ella su equipaje?

Al mismo tiempo fijó á hurtadillas una mirada de súplica, cuya significación adivinó Huberto con la perspicacia del amante. Comprendió que Jacobita le rogaba que permaneciese á su lado y tuviera paciencia; y como se hubiera dejado hacer pedazos antes que desobedecerla, inclinóse y salió después de tranquilizarla con la mirada.

Una vez sola con su esposo, volvióse hacia él impetuosamente con expresión altanera.

– ¿Me explicará usted, caballero, dijo, qué significa esta pesada broma?

– Señora, contestó fríamente Gurgis, no es mi intención bromear... Repito que el Gobierno me ha dado vacaciones algo más pronto de lo que yo deseaba, y no teniendo en Francia, por lo pronto, más domicilio que el de usted, he creído obrar bien al reinstalarme en el hogar conyugal.

– ¿De veras?... ¡Usted olvida, caballero, cómo abandonó este hogar!

– He cometido faltas, lo confieso; pero me apresuraré á repararlas y á cumplir con mis deberes... en toda la extensión de esta palabra.

– ¡Es demasiado tarde!, replicó Jacobita con viveza; á la injuria que me infirió usted abandonándome la noche de nuestro casamiento, no agregue ahora otra imponiéndose aquí á pesar mío.

– ¡Demasiado tarde!, murmuró Gurgis, sonriendo irónicamente. ¡Cuidado, señora; advierta que su afán en desembarazarse de mí podría inducirme á suponer que mi lugar está ocupado por otro!... En tal caso, deberé averiguar hasta qué punto se ha mancillado mi honor y qué conducta debo observar respecto á... ese otro.

Así diciendo, dirigía una mirada amenazadora en dirección á la puerta por donde Huberto había salido. Jacobita, sorprendiendo esta mirada, comprendió su significación; entonces recordó haber oído decir á su hermano que Gurgis había tenido numerosos duelos, en los cuales quedó siempre victorioso; tembló por su amigo, y como su ternura le comunicase de pronto una astucia diplomática impropia de su temperamento, ideó un ardid capaz de alejar las sospechas del señor de Gurgis. Juzgó imposible que aquel flamante caballero de avanzada edad, amante de los placeres y del mundo, se acostumbrase á la vida monótona y casera de Val-Dormant, y tomó el partido de no contrariarle, aparentando que se resignaba.

– Lo que acaba usted de insinuarme, contestó, es una nueva ofensa, mas no haré aprecio de ella... Aunque solamente sea usted mi esposo de nombre, si le place revindicar los derechos que el código le concede, puede hacerlo... Usted pretende reinstalarse en Val-Dormant; está muy bien, puede usted quedarse... Le ofrezco casa y cubierto; pero entiéndase bien que á esto deben limitarse sus pretensiones... Yo no cambiaré en nada mis costumbres ni mi manera de vivir, y usted seguirá siendo para mí lo que fué siempre, un marido nominal...

Apenas pronunciadas estas últimas palabras, volvió Huberto. Jacobita había recobrado toda su serenidad, y sin turbarse en lo más mínimo presentó ceremoniosamente el joven al señor de Gurgis.

– El señor de Chatelliers, dijo, mi vecino más próximo y mi mejor amigo; viene con frecuencia á visitarme y á leer un poco... Precisamente cuando usted llegó, caballero, nos disponíamos á examinar un libro muy interesante, y si usted lo permite, continuaremos... Ya se lo he dicho; queda convenido que no nos molestaremos uno á otro... Si prefiere subir á su habitación para descansar, no se crea obligado por política á permanecer con nosotros.

El señor de Gurgis, visiblemente desconcertado por la firme actitud de Jacobita y la claridad con que había determinado su situación respectiva, murmuró algunas palabras corteses para asegurar que le agradaría escuchar la lectura, y después sentóse en un sillón junto al fuego. La señora de Gurgis entregó á Huberto el libro, titulado *Princesa de Cleves*, y el joven comenzó á leer con voz sonora la segunda parte.

«¡Se burla de mí!, pensaba el ex cónsul... ¡Hum! Su carácter no se ha dulcificado al envejecer, y me parece que no haríamos buenas migas viviendo juntos.. »

Al entrar en el salón de Val-Dormant y ver en él á un joven, admitido allí con gran intimidad, Gurgis sospechó desde luego alguna historia amorosa, y habíase prometido regocijarse en la turbación de los dos enamorados y aprovecharse de la situación para imponer su voluntad á su esposa; pero la conversación que acababa de tener con ella y la desenvoltura de Jacobita obligáronle á pensar de otro modo. «Me parece, se dijo, que si fuera culpable se mostraría más confusa y menos dueña de sí misma. ¿Me habré engañado? ¿Es ese joven un simple pisaverde á quien mi mujer hace representar el papel platónico de Sigisbeo, ó tratan de engañarme?... De todos modos, y hasta que yo haya aclarado la cosa, me parece que voy á desempeñar aquí un papel ridículo... ¿Vale la pena de quedarse? He aquí el problema...»

Mientras se entregaba á estas reflexiones, Huberto continuaba su lectura, sin que Gurgis prestase gran atención á los delicados análisis de Mme. de la Fayette, porque detestaba las novelas en general y le importaban muy poco los nobles sentimientos, pero el modo de leer de Huberto de Chatelliers era cadencioso y monótono, y como á esto se agregase el calor del fuego y la fatiga del viaje, el antiguo diplomático comenzó á cabecear, y al fin quedó sumido en una dulce soñolencia. Muy pronto, un sonoro ronquido atrajo sobre su persona las miradas de Jacobita y de su compañero; dormía con la boca abierta; y con su mostacho teñido, sus mejillas embadurnadas y sus párpados surcados de arrugas, era tan cómica la expresión de su rostro, que Huberto no pudo menos de inrerrumpirse para sonreir.

## VII

El súbito silencio que siguió á la cadencia de la lectura despertó al durmiente; restregóse los ojos, sorprendió las sonrisas ahogadas de su mujer y de su compañero, y persuadióse de que hacía un papel ridículo.

– Dispénsenme ustedes, balbució; siento un poco de pesadez en la cabeza, y creo que lo mejor será retirarme á descansar una hora ó dos...

– Ruego á usted que no se moleste por nosotros, repuso la joven tirando de la campanilla; Catalinita le conducirá á su habitación...

Cuando Gurgis hubo salido y los amantes estuvieron seguros de que se hallaba ya en su aposento, cogiéronse las manos y se miraron con tristeza.

– ¿Qué será de nosotros?, preguntó Huberto sus-



El antiguo diplomático comenzó á cabecear y al fin quedó sumido en una dulce soñolencia

pirando tristemente. ¡Quién hubiera creído, aun esta mañana, que la desgracia estaba tan próxima!

– Eramos demasiado felices, murmuró Jacobita, y el cielo ha querido someternos á esta prueba...

– Hace un momento, continuó el joven, cuando me miró con su aire impertinente, me ha costado mucho no tratarle como se merece.

– ¡Guárdate bien de provocarle, replicó la joven, porque te mataría!

– Mejor fuera la muerte que una separación como la que nos amenaza...

– ¡Oh!, exclamó Jacobita, cogiendo las manos de Huberto, ¿cómo puedes decir semejantes cosas? ¿Qué sería de mí si no te tuviese á mi lado?

– ¡Perdóname, exclamó Huberto, yo te adoro, y suceda lo que quiera, no me separaré de ti!...

Así diciendo rodeóla con sus brazos, y la estrechó con tal fuerza, que sintió contra su pecho la tibia y palpitante presión del seno de la joven. Este dulce contacto le devolvió toda su energía.

– Si huyéramos juntos, exclamó, te llevaría muy lejos de ese hombre odioso que ha perturbado nuestra dicha.

– ¿Piensas en lo que dices, Huberto?, replicó Jacobita desprendiéndose de los brazos del joven. No, no, esos son medios extremos á que no se debe apelar hasta que se desespera del todo... y aún tengo la esperanza de salir del paso sin escándalo... Sí, me parece que las cosas se arreglarán... Ten paciencia y sé prudente.

– ¿Qué debo hacer entretanto? ¿Me quedaré esta noche ó volveré á mi casa?

– No, quédate... No quiero comer sola con él...

Mientras los dos enamorados se lamentaban sobre su triste suerte, como Jimena y Rodrigo, el señor de Gurgis se instalaba en su habitación, precisamente la misma que se le había destinado cuando llegó para hacer la corte á Jacobita. Nada había cambiado en ella: las cortinas de damasco obscuro comunicaban á la cama el aspecto de catafalco; las litografías de Boilly y la *Puesta de sol en el Bósforo* pendían aún de las paredes; y entre los dos vasos de alabastro brillaba el cuadrante de cobre del reloj cuyas agujas permanecían inmóviles.

«¡Uf!, suspiró el ex cónsul, acercando su sillón á la estufa, donde los leños se ennegrecían sin producir llama: por más que transcurran los años, todo se mantiene igual en este castillo soñoliento; los bosques son siempre monótonos, los muebles no se han renovado y la dueña de esta morada no se ha embellecido.»

En la sociedad de los levantinos, Gurgis se había refinado más en cuestión de belleza plástica, y para él, Jacobita, con su sencillez rústica, no poseía ninguna de las cualidades que comunican atractivo á una mujer.

«Decididamente, prosiguió Gurgis, he incurrido en error; no es posible que ese pollo se haya enamorado de la robusta provinciana de abultados huesos y grandes cejas, que viste á la moda de mi abuela. Jacobita, por otra parte, es demasiado fastidiosa para no conservar su virtud, y hasta me parece que ésta debe haber agriado mucho su carácter... Ya me veo tomando parte en las pobres distracciones de esos dos personajes, escuchando la lectura de novelas soporíferas, asistiendo á vísperas el domingo y sometiéndome por la noche á jugar á cualquier cosa con el cura de Champlain... Al cabo de una semana de semejante existencia me encontrarían enmohecido... ¡Brr!... Aún me parece estar en aquel tiempo en que el estúpido Noirel me trajo aquí para casarme, y solamente el pensarlo se me pone la carne de gallina...»

Entregado á estas melancólicas reflexiones, cerró de nuevo los ojos y durmióse profundamente.

Soñó que andaba por la iglesia de Champlain, acompañando á Jacobita, mientras que Chatelliers ayudaba la misa con traje de monaguillo. Precedíale un suizo que hacía resonar su alabarda sobre las baldosas, y el cura con su cara rolliza pronunciaba un discurso en tres partes para felicitarle por haber vuelto al domicilio conyugal... Tan pesado era su sueño, que Catalinita debió sacudirle por un brazo para anunciarle que le esperaban para comer.

Gurgis, tiritando de frío, bajó al comedor, que tampoco había cambiado en lo más mínimo: volvió á ver la misma porcelana blanca, la misma mantelería reluciente, y el mismo calentador de plaqué. El faldero, que había olfateado en el señor de Gurgis un enemigo de la raza canina, acogióle con ladridos rabiosos, y durante toda la comida el antiguo cónsul sufrió el enojo de oirle gruñir bajo la mesa junto á sus pantorrillas. La conversación fué lánguida: Jacobita y Huberto hablaban de las últimas cortas de maderas, de lo difícil que era encontrar operarios y de la subida del precio de los cereales en el último mercado de Chatillón. Después de agotado este asunto de economía rural, tratáronse otros más frívolos: la señora de Gurgis refirió que el cura de Champlain padecía un ataque de reumatismo gotoso, y Huberto anunció que el juez de paz había matado dos corzos en el bosque de la Faye y que se preparaba una batida para la semana siguiente. Gurgis escuchaba sin poder tomar parte en la conversación; su rostro se ponía cada vez más largo, la sonrisa de superioridad había desaparecido de sus labios, y trataba de ocultar bajo la servilleta sus bostezos espasmódicos.

Cuando pasaron al salón, Jacobita, muy amable, ofrecióle una taza de café, y después, dirigiéndose á la mesa de juego, dijo ingenuamente:

– Puesto que somos tres, podemos jugar al boston.

Esto era demasiado; Gurgis dejó bruscamente la taza sobre la chimenea y encarándose con su mujer,

– Señora, dijo, no cuente usted conmigo, porque no sé jugar al boston... Por lo demás, siento mucho haberla molestado... y si he de hablar con franqueza creo decididamente que no podré acostumbrarme nunca á la vida del campo... Prefiero regresar á París, y ruégole que acepte mis excusas... ¿No habría medio de obtener caballos para mañana á primera hora?

Al oir esta pregunta, Huberto, que sentía latir su corazón, volvió la cabeza para ocultar la alegría que iluminaba su rostro; pero Jacobita se mantuvo impasible.

– Siento mucho, caballero, dijo, no haber podido proporcionarle más agradables distracciones; pero ya sabe usted que Val-Dormant no es un país de recursos... En cuanto á los caballos, los míos están á su disposición .. Cuando el señor de Chatelliers vuelva á la Roserolle, pasará por Champlain á fin de buscar un coche más ligero que mi berlina.

El señor de Gurgis saludó, y besando ceremoniosamente los dedos de su mujer, pidió permiso para retirarse.

Cuando hubo subido á su habitación, Jacobita cogió la mano de Huberto y estrechósela con fuerza.

– ¡Pronto, murmuró, vé á Champlain y arréglalo todo para que el coche esté en el patio para mañana á las nueve!...

Huberto no necesitó que le repitieran la orden; corrió al pueblo, encontró un buen cabriolé y dió orden para que lo condujeran inmediatamente á Val-Dormant.

Al día siguiente, á las nueve, el mejor caballo estaba enganchado al vehículo, en el que se acababa de acondicionar el equipaje. El señor Gurgis se presentó muy abrigado con su gabán de pieles, tomó su taza de chocolate, dió gracias á Chatelliers, besó de nuevo la mano de su mujer, y se marchó como había venido.

Cuando Huberto oyó resonar los cascabeles á lo lejos por la parte de Champlain, saltó al cuello de su amiga, y los dos se abrazaron con la efusión de personas que acaban de librarse de un terrible peligro y ven restablecida la tranquilidad en su casa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Desgraciadamente, las felicidades terrestres duran poco, y una nueva perturbación, inesperada, afligió á los habitantes de Val-Dormant: la súbita muerte de Jacobita de Noirel.

– ¡Pobrecilla!, me dijo mucho tiempo después Huberto de Chatelliers al referirme él mismo esta historia. Jacobita no disfrutó mucho de su libertad reconquistada, pues murió dos años después á consecuencia de una fiebre maligna... En cuanto á mí, he permanecido en la Roserolle. Veinte años han pasado desde entonces; pero cuando oigo resonar cascabeles en el camino, me estremezco, y paréceme ver de nuevo á Jacobita, con su elevada estatura, sus ojos húmedos y sus labios rojos, estrechándome en sus brazos en el umbral de la puerta de aquel antiguo salón, donde tan apasionadamente nos habíamos amado.

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE L. DE VERNEUILL



## SECCIÓN CIENTÍFICA

### EL GRAN ECUATORIAL ACODILLADO DEL OBSERVATORIO DE PARÍS

El gran instrumento cuya instalación se ha llevado á cabo recientemente en el Observatorio nacional de París, está construído según el mismo principio que el ecuatorial acodillado de 27 centímetros de diámetro establecido en 1882, conforme á la ingeniosa disposición inventada en 1872 por M. Loewy, subdirector de dicho Observatorio.

El ecuatorial acodillado se compone de dos partes que forman ángulo recto: una sigue la dirección del eje del mundo y puede girar sobre sí misma; otra perpendicular á ella y que puede á su alrededor describir un plano, representación del ecuador celeste. En el vértice del ángulo recto hay un espejo plano de cristal plateado formando ángulo de 45 grados con el eje óptico: este espejo envía al ocular la imagen procedente del objetivo y reflejada ya por otro espejo plano análogo. El objetivo y este segundo espejo, también inclinado á 45 grados, van colocados en el extremo de la parte exterior del tubo y forman parte de un cubo que se mueve alrededor del eje del instrumento perpendicular al eje del mundo. La fig. 3 permitirá comprender fácilmente la marcha de un rayo luminoso procedente del espacio. La imagen de la estrella A, hacia la cual se dirige el instrumento, atraviesa el objetivo BC, se refleja primero en el espejo BD y luego en el espejo central EF para llegar finalmente á O, que es el ocular donde se encuentra el observador.

El nuevo ecuatorial acodillado se diferencia del primitivo modelo por sus mayores dimensiones y por los perfeccionamientos mecánicos en extremo notables en él introducidos. La parte óptica, de una perfección admirable, compónese de un gran objetivo económico de 0'60 metros de diámetro y de otro objetivo fotográfico de igual abertura que pueden sustituirse recíprocamente según los trabajos que se quieran practicar con ese anteojo colosal cuya longitud focal es de 18 metros. Los dos espejos planos que completan este sistema óptico tienen 0'85 y 0'73 metros de diámetro respectivamente. Los dos magníficos objetivos y los dos espejos han sido construídos por los señores Henry hermanos, de París, tan universalmente reputados como astrónomos y como ópticos.

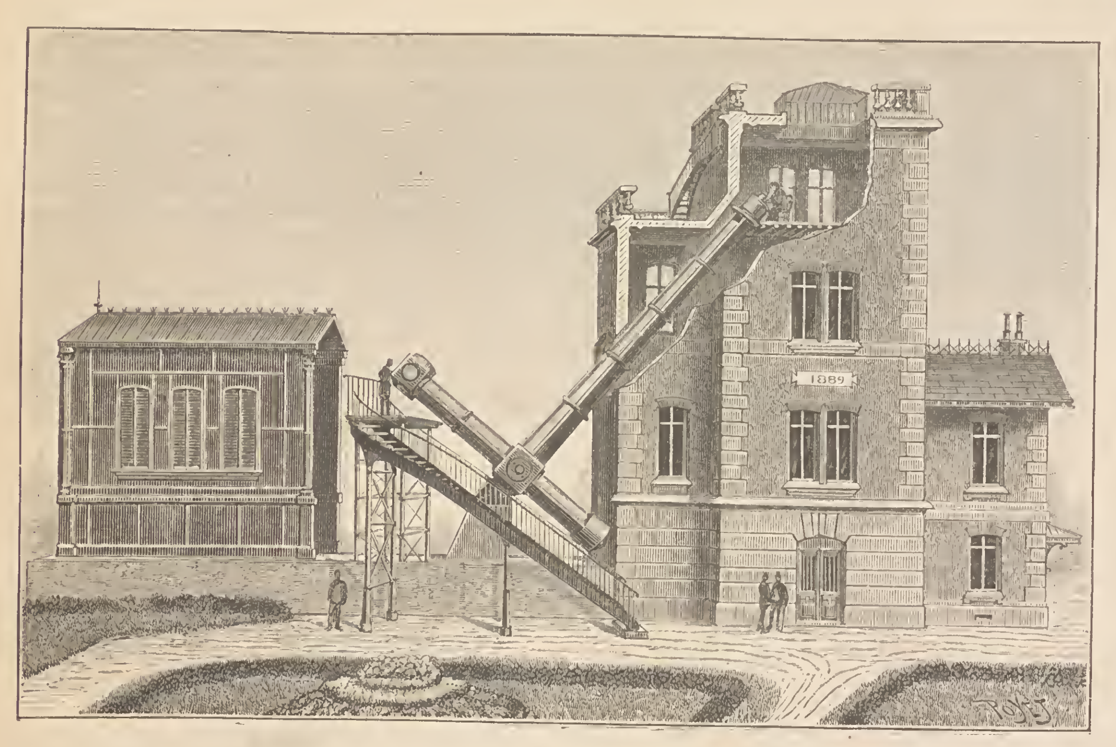



Fig. 1. El gran cuadrante ecuatorial acodillado. – Vista del conjunto del aparato

La parte mecánica ha sido admirablemente ejecutada por M. Gautier, que ha atendido con la mayor perfección á todos los detalles, habiendo logrado ejecutar una verdadera obra maestra. El manejo de este grandioso instrumento, cuyo peso total es de 12.000 kilogramos, es sumamente fácil y puede hacerse con el simple esfuerzo de la mano. Un movimiento de relojería, debido á ese hábil constructor, puede además arrastrar el instrumento con toda la precisión deseable, permitiéndole seguir el curso de los astros al través del cielo, merced á lo cual cabe observar una estrella desde su aparición hasta que se pone. El astrónomo, fijo el ojo en el ocular, está siempre cómodamente sentado en el mismo sitio, estudiando esos mundos lejanos inmovilizados, por decirlo así, en el campo del instrumento. Cuando se han de observar astros que, como la luna y los planetas, tienen una marcha distinta del movimiento diurno, puede modificarse la marcha del movimiento de relojería á fin de seguirles en su carrera con tanta facilidad como en el caso anteriormente citado.

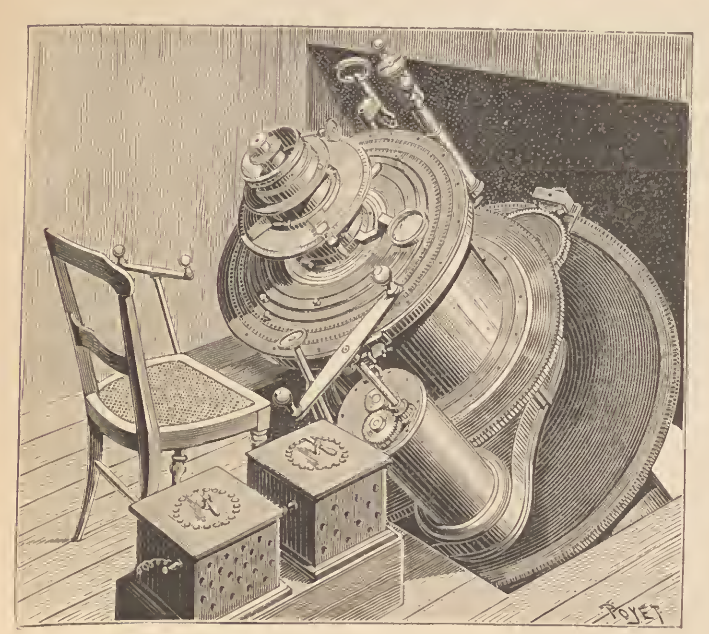


Fig. 2. El ocular del gran ecuatorial acodillado

La fig. 1 representa la vista general de la nueva instalación, para la que ha sido preciso construir un edificio de 20 metros de altura en los terrenos del Observatorio, lindantes con la calle de Arago. Para tapar la parte exterior del instrumento hay una gran caseta móvil que descansa sobre rieles y que deslizándose pon encima de éstos, se aparta convenientemente cuando hay que proceder á las observaciones. El eje principal del instrumento se apoya en dos pilares de albañilería, uno de 15 y otro de 4 metros de altura.

El coste total del edificio, de la caseta y del instrumento, inclusos los dos objetivos, será de unas 400.000 pesetas cuando el nuevo ecuatorial esté provisto de los aparatos científicos que necesariamente ha de tener para las diversas y numerosas aplicaciones á que su empleo dará lugar.

La fig. 2 nos transporta al gabinete de observación, en donde el astrónomo se encuentra cómodamente sentado y al abrigo de la intemperie: allí, fijo el ojo en el ocular, puede, sin moverse y gracias á las manecillas que obran á su voluntad sobre las transmisiones necesarias para la maniobra, dirigir el instrumento con seguridad y precisión maravillosas hacia los más apartados rincones del firmamento. El observador tiene delante los dos círculos divididos que marcan el uno las ascensiones rectas y el otro las declinaciones y que consulta á cada observación para la orientación exacta del ecuatorial.

Todas las lecturas se hacen por medio de lámparas eléctricas de una bujía, distribuídas del modo siguiente: dos para los dos círculos de ascensión y declinación, una para el círculo de posición del micrómetro, dos para los tambores fijados en los tornillos micrométricos, cuatro para hacer destacar sobre fondo negro los cuatro hilos de araña del retículo y una para iluminar el campo del instrumento donde dichos hilos destacan en negro sobre fondo luminoso.

Todas estas lámparas eléctricas son de pequeñas dimensiones, están alimentadas por acumuladores y se encienden á voluntad del operador. Las corrientes que las alimentan son llevadas hasta ellos por medio de dos circuitos diferentes, en los cuales van intercalados los correspondientes reostatos que permiten graduar, según las necesidades, la intensidad de la luz.

Desde que en 1882 se instaló en el Observatario de París el primer modelo de ecuatorial acodillado de 27 centímetros de abertura, las muchas é innegables ventajas de esta clase de instrumentos fueron causa de que en algunos otros observatorios se construyeran aparatos análogos, aunque de mayores dimensiones. En Francia los tienen con objetivos de 31 á 33 centímetros los observatorios de Argel, Besanzón y Lyón; el de Viena emplea, desde hace dos años, un instrumento de esta especie con un objetivo de 38 centímetros, y en el de Niza se construye actualmente un ecuatorial acodillado de 40 centímetros, que será utilizado como investigador de potencia excepcional, para cual objeto se presta admirablemente este instrumento. La parte óptica de todos estos aparatos es debida á los citados MM. Henry y la mecánica al expresado M. Gautier.

El ecuatorial del Observatorio de París es, pues, el mayor de cuantos actualmente existen: su potencia óptica responde perfectamente á sus enormes dimensiones y las observaciones hechas por vía de ensayo justifican plenamente las esperanzas que se fundaban en la habilidad profesional de los eminentes artistas á quienes se debe este colosal instrumento. Las imágenes de las estrellas se ven perfectamente limpias, y la luna y varios grupos de estrellas han podido ser estudiados en sus menores detalles.

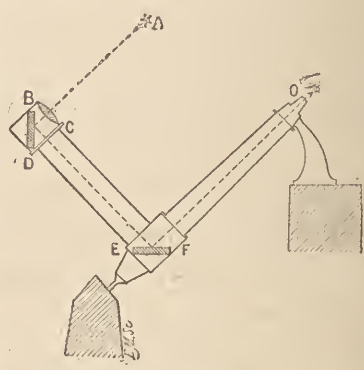



Fig. 3. Esquema que reproduce la marcha seguida por el rayo luminoso en el gran ecuatorial acodillado.

Cuando pueda hacerse uso de este ecuatorial desde el punto de vista fotográfico, es indudable que se obtendrán los más importantes resultados. Por lo que toca á la luna en particular, en punto á la cual la fotografía ha realizado ya tan grandes progresos, su imagen directa, en el foco del gran objetivo fotográfico de 60 centímetros, tendrá 18 centímetros de diámetro y podrá, debidamente ampliada, dar imágenes de más de un metro de diámetro.

Los eminentes astrónomos á quienes está confiada la interesante tarea de servirse de medios de investigación tan poderosos como los que les facilita el nuevo ecuatorial acodillado del Observatorio de París, tendrán á gran honra utilizarlos lo más pronto posible para penetrar más y más los secretos misterios del infinito, aportando nuevos é importantes datos á la ciencia astronómica, tan rica en maravillosas sorpresas y no menos fecunda en admirables descubrimientos.

Esperamos que sus sabias investigaciones les conducirán á resultados de extraordinario interés científico.

A. FRAISSINET

(De *La Nature*)

*
* *

## EL SEPULCRO DE ARISTÓTELES

Si nuestro siglo no es fecundo en esas glorias literarias que de generación en generación se perpetúan, ninguno con seguridad le aventaja ni siquiera le iguala en punto á la importancia de las investigaciones y de los descubrimientos durante el mismo llevados á cabo.

Apenas repuestos de la grata sorpresa causada por el hallazgo en el Museo Británico de un importante manuscrito de Aristóteles sobre la constitución ateniense, que se creía perdido para siempre, llega á noticia de los que por tales cosas se interesan el descubrimiento del sepulcro de ese genio poderoso, una de las más indiscutibles glorias de la humanidad.

Sabíase que Aristóteles, acusado de impiedad para con los dioses, se había retirado á Calcis, en la isla de Eubea, á fin de evitar que sus conciudadanos repitiesen el crimen poco antes cometido con Sócrates, á quien hicieron beber la cicuta; sabíase asimismo que había fallecido en su destierro voluntario en el año 322 antes de la era cristiana y que había sido enterrado en la citada isla.

Efectivamente, en Eretria, cerca de Calcis, ha sido hallado su sepulcro por un grupo de jóvenes americanos dirigidos por el Dr. Carlos Waldstein, profesor de arqueología de la Universidad de Cambridge.

En las excavaciones que hacía algún tiempo verificaban, encontraron á una profundidad de unos dos metros una serie de sepulcros colocados uno al lado de otro. Dos de ellos habían sido violados y su contenido saqueado y dispersado: otros dos habían sido felizmente protegidos por los cimientos de una casa que los ocultaba, y uno de éstos es, según la conclusión del sabio profesor de Cambridge, la tumba en donde está enterrado el filósofo de Estagira.

En favor de esta hipótesis militan, entre otras razones poderosas, los objetos en el sepulcro recogidos, entre los cuales citaremos: siete coronas de oro, en una de las cuales había adherido un fragmento de cráneo humano, un estilo y un punzón también de oro y, lo que es más curioso, una figurita de tierra cocida que representa á un filósofo en meditación y que es muy parecida á la descripción que hace Christodoro de una estatua de Aristóteles que existía aún en Constantinopla en el siglo v de nuestra era. Finalmente, en la tumba vecina pudo leerse las palabras *Biote Aristotelou*.

Según parece, todas las circunstancias del descubrimiento permiten afirmar que las conclusiones del profesor Waldstein son muy verosímiles, siendo de esperar que serán corroboradas por nuevas investigaciones.

(De *La Nature*)





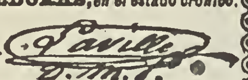










LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Tratado de química biológica, *por Ad. Wurtz.* – Se ha publicado el cuaderno 3.° de esta notabilísima obra, esmeradamente traducida y adicionada por el Dr. D. Vicente Peset y Cervera. Nada hemos de decir en elogio del trabajo del eminente profesor de las facultades de Medicina y Ciencias de París, pues el mundo científico lo ha reconocido ya como el mejor en su clase.

Admítense suscripciones, al precio de una peseta el cuaderno (la obra constará de 14 ó 16) en la librería del editor D. Pascual Aguilar, calle de Caballeros, número 1, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, número 5.

***

Viaje á Atenas, *por D. Enrique Gaspar.* – Hemos tenido el gusto de recibir el tomo XLVIII de la *Biblioteca selecta*, que con creciente y justificado éxito publica el conocido editor valenciano D. Pascual Aguilar.

El citado tomo se titula *Viaje á Atenas*, y su autor es el distinguido escritor D. Enrique Gaspar, cuyo solo nombre nos releva de hacer el elogio del nuevo libro. He aquí el sumario del mencionado tomo, según los capítulos en que está dividido:

Capítulo I: De Valencia al Pireo. – Capítulo II: El puerto, Fisonomía de Atenas, Indumentaria. – Capítulo III: La fragata *Arapiles*, Etimología del nombre de Atenas, El Acrópolis. – Capítulo IV: Historia política de Atenas, Sus ruinas. – Capítulo V: Ceremonias, bautizos, bodas, entierros. – Capítulo VI: Costumbres, Las cuaresmas, Las visitas, El café á la turca, El narghilé, El año nuevo, El carnaval, Poros, Queserianis, El Parnaso y Byron, La Semana Santa, La Pascua de Resurrección. – Capítulo VII: Un paseo á Maratón. – Capítulo VIII: Ciencias, artes, literatura, industria y comercio. – Capítulo IX: Influencia del teatro griego sobre la dramática general, Su desarrollo, Sus tendencias, Su fin.

El precio, como siempre, 2 reales, y los pedidos al editor D. Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia. En Barcelona, librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, número 5.

***

Sifón centrífugo y sondaleza automática, *por el Dr. D. Federico Gómez Arias.* – El docto director de la escuela de náutica de Barcelona ha aumentado su lista de inventos con estos dos que fundados en principios científicos pueden prestar grandes servicios, el primero en obras de desecación de pantanos, elevación de terrenos, traslación y elevación de aguas y extracción de las que hayan penetrado en un buque, y el segundo en los importantes y delicados trabajos de sondajes.



ESTUDIO DEL PINTOR WALTER FIRLE. (Véase el artículo en el núm. 487.)





Imp. de Montaner y Simón